

EL MUERTO ACUDE A LA CITA

ALF REGALDIE

Beth se dio cuenta de que un ser destacaba del fondo más oscuro de la puerta y avanzaba lentamente hacia ella.

Veía su rostro pálido, el cual presentaba un aspecto fantasmagórico.

Pero no se dejó impresionar por ello y disparó, primero un cartucho, luego otro.

Recibió la impresión de que el extraño ser era sacudido por los dos disparos.

Pero no cayó al suelo y prosiguió su lento e inexorable avance.

El supuesto fantasma rió de manera tan extraña, que llegó a impresionar a la rubia Beth.



Alf. Regaldie

El muerto acude a la cita

Bolsilibros: Selección Terror - 191

ePub r1.0

xico_weno 25.10.17

Título original: *El muerto acude a la cita*
Alf. Regaldie, 1976
Ilustraciones: Antonio Bernal

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Stuart estaba más cerca de los cuarenta que de los treinta y cinco años.

Sin embargo, había algo de perverso y de infantil —a la vez— en su expresión, por lo que nadie hubiese dicho que tenía más de treinta.

Alto, erguido, de cutis fino y casi lampiño, tenía los ojos claros, de mirada vivaz, que acentuaba su aspecto juvenil.

Lo cual contrastaba con el aspecto de su servidor, Jeremy Bishop.

Era éste alto, delgado hasta lo inverosímil y vestía de negro.

Por contraste, sus manos eran muy blancas y grandes, destacando de forma casi hiriente en la semipenumbra en que se hallaba la pieza.

Tenía Bishop la cabeza afilada como la de un ave de rapiña, y el color de la piel daba en amarillento traslúcido. El pelo, rubio desvaído y escaso y los ojos, grandes, claros y vidriosos, carecían de expresión.

La voz era bronca, cavernosa. Daba la impresión de que salía de un cuerpo muerto.

En el exterior soplaba el aire cada vez con más fuerza, silbando al filtrarse por las rendijas que se abrían en las mal ensambladas ventanas.

El mismo aire mecía un farol que pendía en la entrada del caserón, produciendo un desagradable chirrido.

No lejos, un perro aulló de manera espeluznante, terminando su aullido con un gemido lastimero, casi humano.

Bishop dijo, refiriéndose al aullido:

—Es el espíritu del señor Burton. Dicen que, al morir, su alma se metió en el cuerpo de un lobo…

—No seas bestia, Bishop. Además, ese aullido ha sido de perro…

—Nunca se sabe lo que un alma como la del señor Burton puede hacer. Y él, en muchas ocasiones, se creía un lobo.

—¿Te lo dijo alguna vez? —preguntó Stuart, con ironía.

—No, pero lo sé.

Lo dijo de forma concluyente.

Nick Stuart señaló en su rostro un gesto de indiferencia. Y dijo a continuación:

—Bishop, eres un bribón. Me robas más de lo que se puede admitir y voy a tener que despedirte…

Volvió a aullar el perro lo mismo que la otra vez, aunque entonces estaba ya más cerca.

Bishop, como si no hubiese oído la acusación de su señor, dijo:

—Alguien va a morir…

—Seguro. Y ése vas a ser tú, a menos que hagas cubrir esas rendijas por donde entra el viento y llagas engrasar ese condenado farol para que deje de chirriar…

Se oyó un ruido, procedente de la puerta, herida ésta por las uñas del perro.

—Es el alma del señor Burton —dijo Bishop.

—Pues podía ir a divertir a su viuda…

—Dicen que ella fue quien lo mató…

Nick Stuart se puso en pie. Y dijo con su característica expresión de cínico humor:

—¿Sí? Pues ahora lo vas a volver a matar tú. Me está fastidiando.

—Señor…

—He dicho que lo mates. A menos que se vaya a fastidiar a su viuda…

—El señor debiera regresar a Londres. Esto no le sienta bien… —dijo Bishop, como si no hubiese escuchado la orden que, por segunda vez, le había dado Stuart.

—Quieres que me vaya a Londres para poder despojarme con más tranquilidad. ¡Pues, no! Estás de acuerdo con mis primos, seguro…

Guardó silencio Stuart, el cual, sin dejar de sonreír, se dirigió al armario armero, en donde se guardaban las escopetas de caza.

No le costó trabajo elegir una.

Comprobó que estaba descargada y la cargó.

Seguidamente, ordenó a Bishop:

—Abre la puerta…

—Pero, señor…

—Abre la puerta o disparo contra ti. Y te echo al perro para que te destroce.

El perro proseguía con sus aullidos y con su fuerte ataque con las patas delanteras a la puerta.

Bishop vio que Stuart apuntaba a su cabeza.

Sabía que era capaz de disparar y más, en el estado en que se hallaba. Y bajando la cabeza, se dirigió a la puerta, dispuesto a abrir.

Deseó espantar al perro y abrió con bastante ruido, cubriéndose con la puerta, al abrirla.

Stuart, que apuntaba en dirección al exterior, hizo fuego tan pronto como el animal inició un movimiento para entrar.

Al disparo, siguió otro aullido.

Pero el perro, en lugar de huir, se alzó de manos e inició un salto contra Stuart.

Y éste volvió a disparar fríamente, tomando como referencia los brillantes ojillos del animal.

Se estremeció el hermoso perro, acusando el impacto cuando iba ya por el aire.

Y cayó pesadamente a los pies de Stuart.

Había comenzado a llover y el fuerte viento hizo entrar el agua a ráfagas en la casa.

—Échalo fuera —ordenó Stuart a Bishop.

—Habrá que enterrarlo.

—Me da lo mismo. Si quieres, lo entierras y si no, lo dejas…

Seguidamente, preguntó con ironía:

—¿Adónde crees que habrá ido a parar ahora su alma? ¿Al cuerpo de su viuda? ¿O a tu propio cuerpo?

Bishop no respondió.

Se desplazó en busca de su impermeable y se enfundó en él, cubriendo su cabeza con la capucha.

Seguía entrando el agua a ráfagas en el caserón.

Tomó Bishop al perro de las patas traseras y tiró de él hasta sacarlo de la casa.

Luego continuó arrastrándolo, dirigiéndose al pequeño jardín,

situado en uno de los laterales y la parte trasera del caserón.

Dejó la puerta desconsideradamente abierta y Stuart alzó la escopeta, apuntando hacia el hombre que se llevaba el perro.

Dio al gatillo; pero la escopeta, de dos cañones, estaba descargada.

Pensó Stuart en recargar el arma y tirar contra Bishop.

En aquel momento, sonó el timbre del teléfono y el hombre cerró la puerta de golpe, dejó la escopeta y se desplazó para tomar el tubo del microauricular.

Se había excitado. Y realizó un esfuerzo sobre sí mismo para que su voz resultase normal cuando dijo:

—Nick Stuart…

Respondió una voz femenina. Resultaba dulce, cariñosa:

—¡Oh, Nick…!

—¿Katty…?

—¿Quién podía ser? Por más que me olvidaba. Estás habituado a que las mujeres te llamemos…

—Nunca me has llamado…

—Lo hago ahora…

—¿Por qué ahora? —preguntó Stuart.

No pudo evitar que su voz reflejase un punto del recelo que experimentaba.

—Me voy sintiendo mujer. Nick. Y estoy sola, muy sola…

—Tienes a tu irreprochable y ascético hermano…

—No es lo mismo, y tú lo sabes. Además, a mi hermano no hay quién lo aguante…

—Es un hombre intachable, serio, bondadoso…

—Pues no me sirve. No te burles de mí. Por otra parte, él no está, se larga… Dice que a trabajar, pero no puedo creerlo.

—¿Y qué crees?

—Ronda día y noche en torno al caserón de lo viuda.

—Pues no hace noche para andar rondando. Y ni siquiera para salir de casa. Se va a acatarrar…

—Eso es cosa de él, y no me importa…

Hablaba Katty Glenwood con expresión que era dulce a veces, excesivamente apasionada, otras.

—¿Vas a venir o qué diablos te sucede? He visto cómo me mirabas esta mañana, cuando yo salía de la iglesia…

—Otros te mirarán así, ¿no?

—Pero quien me gusta eres tú… Ya lo he dicho, y no quería decirlo… He despedido a la servidumbre. Estaremos solos…

Lo dijo con expresión prometedora.

Nick Stuart sabía que no sería capaz de negarse, pero resistió aún, diciendo:

—La noche es infernal. Ralph regresará de un momento a otro…

—No regresará… Pero si regresara, me daría igual. Voy siendo mayor ya. Aparte de que él no tiene por qué enterarse de que estás conmigo…

—Está bien, muñeca. Voy en seguida…

—No tardes…

Lo dijo con voz que tremaba por la emoción.

—El tiempo necesario para ir en mi coche. Y ya sabes que corro…

—Cuidado con el camino. Es infernal y en una noche así, está peor… —advirtió la mujer.

—Sería capaz de llevar el coche con los ojos vendados… Hasta ahora mismo…

—Te espero impaciente —susurró Katty con voz cálida, en la que vibraba una honda emoción.

Colgó Stuart el tubo del micro.

Y permaneció pensativo unos segundos, como si todo aquello le sonase a extraño.

—El caso es que estaba auténticamente emocionada —se dijo, al fin.

Abandonó repentinamente su inmovilidad, pasando a la alcoba, de la cual salió vestido para salir.

Y por el interior de la casa pasó a la cochera.

Subió al coche, puso el motor en marcha y lanzó los rayos de luz de los potentes focos contra la puerta.

Y ésta se fue abriendo lentamente.

Salió sin prisa, dejando que se calentase el motor.

Al salir del garaje, hubo de hacer un leve giro.

Y Bishop quedó enfocado.

El hombre estaba dándole a la pala, sacando la tierra que había removido primero, haciendo la fosa para enterrar al perro, cuyo cadáver tenía cerca.

Si Bishop tenía ya de por sí un aspecto siniestro, en aquella situación lo había acrecentado en un doscientos por ciento.

Al darse cuenta Bishop de que Stuart salía, dejó la pala y agitó los brazos en el aire, a la vez que gritaba:

—¡Las llaves, señor! ¡Las he dejado dentro!

—¡Pues muérete! ¡O métete en la fosa con el perno! Estarás justo donde debes estar.

Rió escandalosamente, mientras pisaba el acelerador, haciendo aumentar la velocidad del coche.

Se había abierto la puerta que daba al exterior.

No había llegado aún el coche a la puerta de salida, cuando ya Bishop lanzaba contra él, primero la pala, posteriormente el azadón, que le había servido para cavar.

Falló los dos golpes, aunque por muy poco, provocando de nuevo la risa de Nick Stuart.

Alzó Bishop sus puños crispados, en actitud amenazadora y gritó:

—¡Así se estrelle, señor! ¡Que sus huesos se rompan y su calavera rebote contra los acantilados! ¡Y que el montón de carroña que será su cuerpo encuentre su sepultura en el mar para siempre!

El ruido del viento y de la lluvia impidió que Stuart oyese las palabras de Bishop que, por otra parte, le habrían hecho reír.

Había salido al camino, de duro trazado, tanto por las curvas como por la cuesta; y peligroso, particularmente en aquellas condiciones, ya que una buena parte de él discurría junto a los acantilados.

Arreciaban la lluvia y el viento, impidiendo la visibilidad, a pesar de los potentes faros del coche.

Y si el cielo estaba negro, encapotado, el mar no lo estaba menos, además de revuelto.

Un golpe de mar al estrellarse contra las rocas hizo que sus espumas llegasen como caballos encabritados hasta el camino, cayendo en parte sobre el coche de Nick.

Éste había olvidado ya a Bishop y su violenta actitud. Había olvidado también por el momento a Katty.

Debía ir pendiente del volante, del camino, de que algún otro coche, conducido por un loco como él, le saliera de frente.

Llegaron una serie de curvas sumamente peligrosas. Las tomó a

bastante velocidad, haciendo un alarde de facultades, valiéndose del freno de mano en ayuda del volante.

Llegaba ya a la última, a la más peligrosa, cuando recibió la sensación de que el volante no le obedecía.

Quiso corregir la desviación del coche con el freno, y éste falló a causa del agua que bajaba en torrente por aquella parte del camino.

Y Nick Stuart recibió la sensación de que su coche salía volando.

Sí, volaba. Y se aferró al volante para no salir despedido de él cuando se produjese el inevitable golpe.

Se preparó para lo peor.

CAPÍTULO II

Mientras iba por el aire, a Stuart le pareció ver a Bishop, embutido en su impermeable, bajo la lluvia, amenazándole con los puños crispados.

Y a la atractiva Katty Glenwood riéndose de él.

Sí, había caído en una trampa. Una sucia trampa…

Terminaba el viaje aéreo y se producía el primer golpe.

Stuart había abierto la portezuela. Y saltó cuando el coche, tras rebotar en las rocas, iniciaba otro salto, un nuevo giro.

Saltó o salió despedido, fue algo que no podía saber. Experimentó un leve choque en la cabeza al salir.

Luego otro menos leve en las rocas.

El coche saltó por encima de él, que se aplastó materialmente entre dos rocas. Lo había hecho de manera instintiva, por reflejos.

El coche golpeó de nuevo contra las rocas, muy cerca de él. Y volvió a saltar en dirección al mar, como si lo atrajese el abismo marino, salpicado de furiosas espumas.

En el aire el coche, se produjo un fuerte fogonazo, una llamarada que obligó a cerrar los ojos a Stuart, el cual se sintió envuelto en una ola de calor, a pesar de la lluvia y el viento frío.

A la llamarada siguió un nuevo choque del coche y una explosión.

Stuart recibió la impresión de que las grandes rocas eran desplazadas por la explosión y que lo aprisionaban entre ellas.

Tras la sensación de violenta opresión y de dolor, sucedió la nada para él.

El coche, sin dejar de caer, produjo dos explosiones más, muy leves; y finalmente, quedó enganchado entre dos rocas, relativamente cerca del mar, envuelto en llamas y en un humo negro y denso.

Era el final de la bella máquina.

* * *

Ralph Glenwood era, aproximadamente, de la misma edad que su primo Nick Stuart; aunque parecía mayor.

Su hermana Katty, pelirroja, pecosa, sumamente atractiva, apenas si había cumplido los veintidós años.

Ambos hermanos se hallaban en el amplio salón, situado en el primer piso del viejo caserón familiar que habitaban.

Salón confortablemente amueblado y alfombrado y en cuya chimenea encendida, jugueteaban alegremente las llamas.

Ralph, sentado a su mesa de trabajo, estudiaba o fingía estudiar.

Y de vez en cuando, dirigía rápidas y furtivas miradas, tan pronto al silencioso teléfono como a su hermana, que se hallaba mirando a través de los cristales de una de las ventanas.

La lluvia golpeaba en el exterior con bastante fuerza, impulsada por el viento frío y que llegaba a ráfagas.

Contra lo que sucedía en el caserón de Stuart, en el de los Glenwood no entraba ni aire ni lluvia. Las ventanas y las puertas no ofrecían fisura alguna.

En un momento en que Katty se volvió a mirar a su hermano, preguntó éste:

—¿Ves algo?

—No, nada. El fuego se extinguió hace ya un buen rato. Y la noche es demasiado oscura…

—Pero debe haber acudido alguien. Se debieran ver algunos faroles…

—No se ve nada. No ha debido acudir nadie.

—Ni siquiera Bishop…

—Ni siquiera Bishop. De haber acudido él, habría telefoneado. Ha tenido tiempo…

—Cierto… —admitió Ralph.

Luego dijo:

—Ha muerto. Tiene que haber muerto.

—Tiene que haber muerto. Tú mismo viste cómo se produjo la llamarada, la explosión…

—Ese maldito tiene siete vidas…

Katty sonrió burlonamente. Y respondió, sin que se pudiera notar la menor alteración en su voz:

—Las ha debido consumir todas. Tú has intentado eliminarlo

cuatro veces con ésta, ¿no?

—Sí… Pero dejemos eso.

—Y no habrás sido tú el único. Hay mucha gente que le odia, que desea su muerte…

—Pero tú te habrías casado con él…

—Tal vez. Pero ¿se hubiese casado él conmigo? No… Yo le habré gustado, como otras. Pero ¿se ha casado alguna vez?

—No, claro…

—Además, casándome, él habría seguido siendo el dueño de todo. Ni siquiera te habría nombrado administrador. Él te aborrece…

—Lo sé…

—Así seremos sus únicos herederos. Porque habrá muerto sin testar, es casi seguro…

—De no ser así, si hubiese testado…

—Si hubiese testado, por lo menos tú, te podrías despedir de todo. Tal vez a mí me habría dejado alguna cosa…

Volvieron a guardar silencio los dos hermanos.

Repiqueteó el timbre del teléfono.

Y ambos acudieron a él.

Fue Ralph el primero en llegar y tomar el tubo.

—Diga. Ralph Glenwood…

Se mantuvo a la escucha, tratando de percibir una respuesta. Y repitió al no obtenerla:

—¡Diga! Aquí Ralph Glenwood…

Entonces percibió el ruido que se producía al ser cortada la comunicación a la otra parte del hilo.

Aquello le puso nervioso, aunque procuró parecer tranquilo cuando se dirigió a su hermana, para decirle:

—Alguien con ganas de broma. Han colgado, sin decir nada…

—Pues podían guardar las bromas para mejor ocasión.

—Tal vez sea alguno de tus enamorados.

—No tengo ningún enamorado que me llame.

—Sin embargo, eres atractiva, educada, tenemos fama de ricos y de honestos…

—Tal vez por eso mismo no tengo adoradores. Por la fama de honestos; y por la de ricos, cuando a media voz se dice que estamos arruinados.

El salón estaba medianamente iluminado. Y Ralph apagó una luz central y la de su mesa de trabajo, dirigiéndose a continuación a la misma ventana que había servido de observatorio a Katty.

Apartó primero la cortina, espesa. Luego, el ligero visillo. Y miró.

—Nada… —dijo al fin.

—De no hacer esta noche infernal, saldríamos a dar un paseo… Pero es igual. Está muerto, estoy segura.

—¿Lo dices para convencerte? —pregunto Ralph.

Se ovó el aullido de un perro, algo que al final resultó escalofriante e hizo estremecer a ambos hermanos.

—No me gusta —dijo Katty.

Se oyó un ruido, como si alguien rascase en una de las ventanas.

Poco después, se oyó un golpe, al cual siguió una bocanada de aire y agua de lluvia.

—Ha sido esa ventana del pasillo —dijo Ralph, acudiendo a ella y abandonando el salón.

Se produjo un apagón, al cual siguió un grito de Katty.

La ventana volvió a golpear. Y los cristales parecieron prestos a saltar destrozados.

—¿Qué sucede? —gritó Ralph.

—Nada. Me he asustado al apagarse la luz.

Ralph, que se sintió envuelto en un torbellino de aire y lluvia, recibió la impresión de que algo o alguien le rozaban. Algo frío, como el frío de la muerte.

Se apresuró el dueño del caserón a cerrar la ventana, apoyándose después de espaldas contra ella. Miró hacia la sala y pudo descubrir la silueta de su hermana en el momento en que salía de su radio de visión.

No quedaba más luz que la producida por la chimenea encendida.

Katty gritó de nuevo. Y Ralph la vio aparecer cerca de la puerta de la sala.

—¿Qué sucede ahora?

—¡Me ha rozado! ¡Estaba frío, frío como un muerto!

—Ese maldito…

—No he visto a nadie… Y si era él estaba muerto, te lo aseguro. No creo que tuviese cuerpo.

—¿Y con qué diablos te rozó? ¿Con el alma? —pregunto Ralph, en tono incisivo.

Fue interrumpido por un aullido espeluznante, próximo, muy próximo.

—Esos malditos perros sueltos… Son una amenaza. Debe ser ese que, según dicen, sirve de refugio al alma de Ted Burton —dijo Ralph, con ironía.

—Haces mal en burlarte de esas cosas. Es cierto que el alma de Ted buscó ese refugio. Y el perro, a veces, mira como si fuese un ser atormentado, del otro mundo…

Iba a replicar Ralph despectivamente, cuando se volvió al percibir el espeluznante aullido.

—Parece más bien un lobo. Pero los lobos no están cerca… —dijo Ralph.

Katty, asustada, dijo:

—No es un lobo. Es Margaret Burton. Ted murió en una noche como ésta. Y dicen que, en noches semejantes, ella se cree una loba y sale a buscar el apareamiento con un lobo… O con un perro, ¿quién sabe?

—A ella le gustan más los hombres que los lobos…

—No lo dirás por ti. Hasta ahora…

Iba a responder Ralph con un exabrupto cuando se produjo el estrépito de un recio golpe contra el suelo de madera, y una subsiguiente rotura de cristales.

Había sido en el interior del salón, y los dos hermanos entraron rápidamente.

—¡Ha sido el espejo! ¡Ha caído y se ha roto! Y eso trae mala suerte —dijo Katty, más asustada por momentos.

—Y la maldita luz no vuelve. ¿Es que cada vez que caen cuatro gotas nos vamos a quedar a oscuras? —chilló Ralph, excitado y asustado.

—En casa de los Morris hay luz. ¡Es solamente aquí, en nuestra casa! —chilló Katty, señalando la ventana.

Se desplazó Ralph en dirección a la ventana para comprobar que su hermana estaba en lo cierto.

Katty se acercó a la chimenea. Tenía frío y miedo. La chimenea daba calor y un mínimo de luz.

Ralph, que se había asomado a la ventana, dijo:

—Es esa loca de Margaret Burton…
Quedó la frase cortada por un nuevo aullido.
—¡Sí, es ella! Ahora ha desaparecido. Lleva un cuchillo de cocina en la mano derecha…
Respingó Ralph. Terminaba de percibir un tenue suspiro cerca de él. Y el roce de una mano fría, como la de un muerto.
—¿Qué sucede? —gritó Katty, que había notado algo extraño.
Intentó Ralph atrapar un bulto, que le pareció descubrir a la otra parte de la cortina.
Y sintió que lo aferraban por la muñeca. Seguidamente, recibió un golpe que lo derribó sin sentido.
No gritó, no tuvo siquiera ocasión de exhalar un gemido; no hubo más ruido que el producido por su caída, una caída blanda, sin violencia.
Katty se dio cuenta de que su hermano había caído desmayado; o muerto. Pero no se atrevió a acudir en su ayuda, si es que podía hacer algo por él.
Y se quedó inmóvil en el lugar en donde estaba.
Percibió al cabo el ruido de una respiración jadeante. Y creyó ver brillar en la oscuridad un par de ojos, cuya mirada parecía desnudarla.
Y experimentó un escalofrío de terror.
Salió de su inmovilidad y quiso correr hacia la puerta del pasillo. Sin embargo, le pesaban las piernas y su desplazamiento resultó lento, penoso, de pesadilla.
Destellaron tres relámpagos en rápida sucesión. Y el ruidoso trueno que les sucedió, hizo estremecer el caserón hasta en sus cimientos.
Katty volvió a gritar.
Ante ella, con la lívida palidez de los muertos, ensangrentado, con las ropas destrozadas, se hallaba Nick Stuart.
La miraba fijamente y parecía querer desnudarla con la mirada penetrante dé sus brillantes ojos.
Sintió la atractiva pelirroja que las piernas se negaban a sostenerle, pensó que se iba a desmayar.
Y reaccionó instintivamente, sintiéndose en peligro.
—Aunque muerto, he acudido a tu cita…
Nick Stuart había hablado con voz que era una especie de jadeo,

como si realmente llegase en aquel momento de otra dimensión.

Katty se había cubierto el busto con los brazos, llevándose ambas manos al rostro, cerrando los ojos con fuerza, como queriendo espantar al espectro que tenía ante sí.

Sintió entonces que unas manos frías la tomaban por las muñecas y tiraban de ellas hasta separarlas del cuerpo.

—¿Por qué tienes miedo? Me pediste que viniera. Estabas sola, muy sola… Y me necesitabas…

Era la voz de Nick Stuart, rebosante de ironía y como si hubiese pasado a través del tamiz de la muerte.

—No puede ser… —dijo la pelirroja, balbuciendo.

—¿Por qué no puede ser? Margaret es una loba que busca apareamiento. Yo he matado al perro en que se había refugiado el alma de Burton… Tu hermano me ha matado a mí… Pero también he vuelto…

CAPÍTULO III

Katty realizó un esfuerzo, tratando de escapar a la presa que Stuart había hecho en sus muñecas.

No lo consiguió.

Aquella especie de espectro seguía hablando con voz hiriente:

—Te voy a querer… Y tú vas a quererme… Vas a querer a un muerto, que Margaret te disputaría, si pudiese…

Sintió Katty que Stuart acercaba su boca y la besaba.

Una boca fría, como si fuese de mármol, como si terminase de salir del abismo del mar y de la muerte.

Al fin, logró Katty zafarse de las manos de Stuart. E inició un movimiento de huida.

Se dirigió hasta la proximidad del armero, pero fue alcanzada antes de que pudiese llegar a él.

Stuart la había asido entonces por la blusa. Y tiró con violencia de la prenda, que se resistió a ser arrancada de su sitio.

Katty sintió que su oponente poseía una fuerza por encima de toda ponderación.

Fuerza que la obligó a girar.

Y Stuart, mientras sujetaba a la pelirroja con una de sus manos, arrancó con la otra, de un solo tirón, los botones y con ellos la blusa, que fue lanzada lejos.

Katty intuyó que era inútil gritar.

Al resplandor de uno de los relámpagos había visto a su hermano. Estaba atado a un sillón. Atado y amordazado.

Y se hallaba aún sin sentido. No podía hacer nada en su favor.

Debía concentrar todas sus fuerzas en su defensa.

Quiso morder a su enemigo y éste la esquivó hábilmente.

Y a continuación le asestó dos bofetadas que la hicieron tambalear y le mermaron facultades.

La pelirroja recibió la sensación de que le ardía la piel de la

cara.

A continuación Stuart la manejó como si fuese una pluma o poco más.

Entonces cayó de rodillas y suplicó:

—Por favor…

Estaba convencida de que él no le haría caso.

En un momento en que alzó la vista vio el busto de él. Estaba herido, sangrante. Sangre, agua, barro…

La obligó a levantarse y la atrajo hacia sí.

Su resistencia resultaba totalmente inútil.

—Ahora sabrás cómo queremos los muertos. Es algo que muy pocas mujeres conocen.

Ella miró instintivamente hacia donde estaba Ralph. Él había vuelto en sí, y con expresión de horror, impotente, contemplaba la escena.

Centellearon en sucesión varios relámpagos, y la casa volvió a estremecerse con el zumbar de los truenos.

Katty, estrechamente abrazada, sin opción alguna para defenderse, se sintió caer, como arrastrada por un torbellino, recibiendo la impresión de que la caída era en el vacío, interminable, en una especie de abismo sin fondo, en tinieblas, que quedaban amortiguadas en parte por el centellear de los relámpagos, el juguetear de las mortecinas llamas de la chimenea…

Y en el fondo, los ojos de Ralph, de expresión horrorizada, como si él estuviese próximo ya a la locura.

Katty experimentó sensaciones de frío y de calor. Su cuerpo todo recibió los contactos de algo viscoso, inmundo.

Comenzó a sentirse sumida en la inconsciencia, mientras los ojos de Stuart, muy cerca de ella, parecían espiarla en sus reacciones.

Quiso gritar, pero una laxitud que comenzaba a invadirla se lo impidió.

* * *

Aquella especie de torbellino había cesado para quedar todo envuelto en la calma y la quietud.

Fue la primera impresión que recibió Katty cuando abrió los ojos, que volvió inmediatamente a cerrar al ser cegados por los relámpagos.

Afuera continuaba el viento y la lluvia, truenos y relámpagos.

Al comenzar a tener conciencia, sintió la pelirroja que le dolía casi todo el cuerpo y que la cara parecía arderle aún, mientras otras regiones del cuerpo las tenía frías, casi tanto como un cadáver.

Respingó recordando a Nick Stuart, al sentir el contacto de un cuerpo inerte, tendido junto a ella.

Alargó una de sus manos. Un cuerpo velloso y tan frío o más que el de ella misma.

Se alzó de un salto al darse cuenta de que el ser aquel respiraba, aunque lo hacía fatigosamente, como si estuviese entre la vida y la muerte.

Se oyó decir a sí misma:

—¡Maldito…!

A la luz de los relámpagos vio de nuevo a su hermano. Seguía sentado y amarrado a la silla. Pero parecía inconsciente.

Y Katty experimentó entonces un arranque de furia, algo salvaje e incontrolable.

Y tal como estaba se dirigió a una panoplia en donde se exhibían algunas armas antiguas.

Katty tomó con mano febril un puñal.

Una sucesión de relámpagos descubrió a su hermano. Había vuelto en sí y la miraba con espantada expresión.

Le volvió la espada y se dirigió con agilidad felina contra el ser que había yacido a su lado.

Y le atacó con furia, clavándole el puñal hasta cuatro veces, experimentando auténtico placer al sentir las salpicaduras de la sangre.

—¡Toma, maldito, toma! Ahora ya no te quedarán más vidas si es cierto que tenías tantas como los gatos.

El ser al cual había apuñalado se estremeció al primer golpe, pero luego permaneció inmóvil, boca arriba, con los ojos muy abiertos como sorprendidos por la muerte.

Al fin, Katty quedó inmóvil, de rodillas, con el puñal en alto, espiando un posible movimiento de su víctima.

Le pareció que algo se movía por el lugar en donde se hallaba Ralph.

Se volvió a mirar.

Su hermano no llevaba ya la mordaza. Y gritaba en aquel momento:

—¡No!
—¿No, qué? Este maldito perro…
La frase de la pelirroja quedó cortada al encenderse las luces de manera inesperada, repentina.
Y miró con espanto al hombre al cual había apuñalado.
Gritó:
—¡No es Nick! ¡Es Arthur!
Se puso en pie de un salto, miró a su hermano y se miró a sí misma, sucia, ensangrentada.
Y repitió:
—¡Es Arthur! ¿Cómo ha podido ser él?
Dejó caer el puñal en el suelo.
Y corrió hacia donde estaba Ralph, repitiendo su pregunta:
—¿Cómo ha podido ser él? ¿Cómo ha podido ser él?
Se detuvo cerca de su hermano, adquiriendo entonces conciencia de cuál era su estado ante él.
Ralph cerró los ojos y dijo, con voz débil:
—Desátame, por favor…
Los nudos se habían apretado más debido a los esfuerzos que en dos ocasiones había hecho Ralph para liberarse de las ligaduras.
Y Katty hubo de ir en busca de una tijera para cortarlas.
Ralph volvió a cerrar los ojos cuando tuvo de nuevo u su hermana cerca.
Cuando se dio cuenta de que las ligaduras saltaban, dijo con voz débil:
—Por favor, vete. Y vístete, cúbrete con algo. Yo me encargaré de todo esto.
—Pero ¿cómo ha podido ser? Yo he visto a Nick, he sentido el frío de su cuerpo. Estaba muerto…
—No lo sé. Yo también creo que lo he visto cuando te vencía, y cuando tú le correspondías…
—¡Eso no es cierto!
—Yo lo he visto.
—¡Mientes! —gritó la pelirroja, amenazando a su hermano con las tijeras.
—¡Apártate! Vete de aquí, límpiate, cúbrete… Por favor…
Comenzó gritando para terminar en voz casi inaudible y en tono suplicante, sin poder apartar la mirada del semidesnudo cuerpo de

Katty.

Se dio cuenta ella de lo que podía suceder en el ánimo de su hermano, y después de escupir, echó a correr en dirección al cuarto de baño.

Antes de entrar en él oyó el ruido de la puerta de la calle, que se cerraba con violencia.

Y murmuró con ira:

—¡Ha escapado! ¡Se ha ido! ¡Era él y está vivo!

En el exterior, a lo lejos, se volvió a repetir el aullido espeluznante de la joven viuda Burton, deambulando bajo la lluvia, sacudida por el viento, por las solitarias calles.

* * *

Apenas si hacía un par de horas que había amanecido cuando Ralph Glenwood, avisado por teléfono, hubo de acudir al lugar por donde había saltado al mar el automóvil conducido por Nick Stuart.

Hacía más de dos huías que habían cesado la lluvia y el viento. El cielo sin nubes parecía augurar un día agradable, dentro de la estación primaveral en la que persistía el frío, aunque bastante tolerable ya.

Acudieron a su encuentro dos policías de paisano, a uno de los cuales conocía.

Había también dos policías de uniforme.

Algo más lejos se hallaba un joven, con aspecto de periodista. O de detective privado.

Ives Pendley, el policía que conocía, le tendió la mano diestra que Ralph estrechó, queriendo parecer tan cordial como firme.

—Buenos días, señor Glenwood. Perdone que le haya incomodado tan pronto… pero he considerado que resultaría más cómodo y mejor para usted.

—No tiene por qué excusarse, Pendley. ¿Qué sucede?

El policía, antes de responder a la pregunta, hizo la presentación de su compañero, el cual cambió, asimismo, un apretón de manos con Glenwood.

—Estamos aguardando la ambulancia —dijo Pendley.

El hombre señaló un cuerpo que, cubierto por una lona, se hallaba a un lado del camino, en lo alto de los acantilados.

Algo más lejos había otra lona cubriendo otro cuerpo.

Ralph experimentó una perplejidad que fue capaz de disimular.

Y el policía preguntó:

—¿Usted tiene un servidor que se llama Arthur Grey?

Era la pregunta esperada.

—Exactamente, Ayer era su día libre… Pero debiera haber regresado ya esta mañana.

Y añadió:

—La sirvienta ha vuelto ya.

—¿Libran el mismo día los dos?

—Sí, ¿por qué? —preguntó Ralph.

—En realidad, por nada. Ha sido una pregunta innecesaria. Preguntamos por preguntar —respondió Pendley.

Luego dijo, en tono más serio:

—Arthur Grey ha sido encontrado muerto. Sí, apuñalado. Lo han debido arrojar al mar y el mar lo ha devuelto.

Ralph señaló el otro cuerpo cubierto con una lona y dijo:

—¿Alguna mujer? Arthur era muy dado a las aventuras femeninas. Le vaticiné que algún día tendría un disgusto.

—No. Se trata de un hombre. Un accidente. No creo que tengan nada que ver entre sí los dos asuntos.

Frunció Pendley el entrecejo y prosiguió:

—Ahora que pienso… Creo recordar que él es pariente suyo. Primo…

—No me irá a decir…

—Se trata de Nick Stuart. Normalmente, reside en Londres, aunque vino hace unos días.

—Comprendo. Ésos son los restos de su coche —dijo Ralph, señalando los calcinados restos que el mar había devuelto a la orilla y habían quedado enganchados en un saliente de roca.

Seguidamente dijo:

—¡Pobre Nick! Venir a morir aquí de esa forma… Estaba medio loco, pero era muy seguro al volante.

—Había que estar loco para en una noche como la pasada, lanzarse por estos caminos y a la velocidad que iba…

—Era un magnífico corredor, seguro de sí, extraordinario de reflejos…

—¿Sí? Pues ahí lo tiene…

—¿Cómo saben que iba a gran velocidad?

—Lo vio alguien. Fue quien avisó. Había salido despedido del

coche y quedó aprisionado entre dos rocas.

Mientras hablaba, el policía de paisano señaló el lugar. Y prosiguió:

—No han quedado huellas a causa de la lluvia que lo barrió todo.

—Lluvia y viento. Mala noche para salir de aventuras —dijo Ralph.

Se hallaba fuertemente impresionado y trataba de disimular el evidente desconcierto que sentía.

Si Stuart había quedado atrapado entre las rocas y estaba allí, muerto, si lo habían encontrado allí, ¿quién había sido su visitante?

Porque no estaba dispuesto a creer en fantasmas.

Y miró hacia el cuerpo de Arthur Grey, que había sido vuelto a cubrir con la lona.

Lo distrajo de sus pensamientos el propio Pendley, al preguntarle:

—¿Tiene inconveniente en realizar su identificación? Lo habrá de hacer más pronto o más tarde. Y así no se le volverá a molestar.

—¿Se refiere a Nick Stuart?

—A Arthur Grey lo ha identificado ya.

—Sí, claro…

Vaciló Ralph Glenwood antes de decidirse a acercarse al cuerpo que no había sido destapado aún.

—Comprendo que le resulte penoso, pero no hay más remedio —dijo Pendley.

—No se preocupe.

Se adelantó el otro policía de paisano, el cual se inclinó y alzó la parte de lona que cubría el rostro.

—Todo, por favor, que pueda apreciar cómo ha quedado ese desgraciado —pidió Pendley a su compañero.

Uno de los policías de uniforme se apresuró a ayudar al de paisano.

Niele, una vez cerca, a distancia que pudría distinguir bien las facciones del cadáver, cerró los ojos.

Los abrió inmediatamente. Había pensado en una equivocación, en que tal vez no fuese Nick.

Pero no había error posible. Allí estaba él.

Tenía el rostro magullado y afectado en parte por las llamas,

pero no había duda para Ralph. Se trataba de su primo.

Pendley preguntó:

—¿Lo reconoce?

—Sí, es él, sin duda alguna.

—Lo siento.

Ralph no podía decir lo mismo. No sentía en absoluto que su primo hubiese muerto. Y hasta llegó a experimentar una alegría que tenía mucho de salvaje.

Apenas si oyó a Pendley que seguía informando:

—Tiene fracturada una de sus piernas por dos sitios. También fractura de brazo y posiblemente de alguna vértebra. Tal vez salió lanzado del auto y éste le pisó, le debió caer encima.

Ralph preguntó con miedo:

—¿Y su documentación? ¿La llevaba encima?

—Precisamente hemos descubierto su Identidad por ella. Algo deteriorada por el remojón, pero totalmente legible.

Pendley mostró a Glenwood el pasaporte de Nick Stuart.

—Sí, no hay duda —aprobó Ralph.

Seguidamente, preguntó al policía:

—¿Sabe que de no haber testamento en contra, mi hermana y yo somos sus más próximos parientes, sus herederos?

—En tal caso, debo darle mi enhorabuena. Según me han informado, es inmensamente rico.

—Sí, lo era —dijo con significativa expresión.

CAPÍTULO IV

Ralph Glenwood tenía en Plymouth una oficina a la cual se desplazaba tres veces por semana. Y aquél era su día.

Pendley le comunicó que fuera tranquilamente cuando Glenwood le consultó si podía ausentarse o no.

—Puede y debe ir. Usted no es sospechoso de nada, aunque sea el heredero de su primo. Ha sido un accidente.

—No pensaba ahora en mi primo, sino en Arthur Grey.

—Usted no lo ha asesinado —se atrevió a bromear Pendley.

—Seguro que no.

—Entonces, no le debo retener.

—¿Tienen una idea de cómo se ha podido producir el hecho?

—No… No se ha encontrado una sola huella. Por otra parte, es muy difícil que en una noche como la pasada, quede huella alguna.

—Comprendo. El viento y la lluvia son sus peores enemigos.

—Exactamente. Sabemos que le han apuñalado, eso es todo.

—Por el momento.

—Justo, por el momento. El forense tiene la palabra una vez practicada la autopsia.

—¿Le han hablado de unos aullidos semejantes a los del lobo? —preguntó Ralph.

—Me han hablado de ellos. Y también de una mujer que los emitía. Vagaba por ahí, con un cuchillo en la mano, según me han informado.

—Yo la vi, desde una de las ventanas de mi casa… Estaba trabajando cuando sus aullidos llamaron mi atención.

—Y se asomó.

—Sí.

—¿Pudo reconocerla?

Glenwood fingió que vacilaba.

—Me han informado que era la joven y viuda señora Burton.

—Sí, era ella. Al menos me lo pareció.

—Era ella. Padece ese trastorno mental en que el paciente, en determinadas circunstancias, cree ser un lobo. Creo que se llama…

Vaciló el policía. Y Glenwood aclaró:

—Licantropía…

—Eso es, licantropía. Parece que le sucede desde que falleció su esposo.

—Así es. Y precisamente en noches de tormenta, como la pasada. Su esposo falleció en una noche así… Una muerte que no estuvo muy clara.

—Lo he oído decir. Pero como no se pudo probar nada, a pesar de que se investigó…

Movió la cabeza en sentido negativo.

Y Glenwood dijo:

—Todo esto es muy lamentable.

Instantes después, se despedía.

Pasó por su casa. Katty dormía. O fingía dormir. Estaba en su alcoba aún y no había dado señales de vida.

Se despidió de la sirvienta con un parco:

—Hasta la noche.

* * *

La pelirroja Katty Glenwood parecía tranquila, satisfecha, cuando Ralph llegó por la noche a casa.

Ella acusó a su hermano:

—No fuiste demasiado cuidadoso. He tenido que borrar unas huellas de sangre de la escalera. Menos mal que Anne está medio ciega…

—¿Dónde está Anne?

—Ha ido a pasar la noche en casa de su hermana. Sus dos sobrinas están enfermas… Le he dado permiso, claro.

—Has hecho bien. Prefiero estar solo.

—Ella se asustó mucho cuando se enteró de lo sucedido a Arthur. Hay quien asegura que lo mató Margaret Burton.

—Es lo que se dice. Es la sospecha que yo comencé a sembrar esta mañana —respondió Ralph, con expresión sombría.

—También dicen que Nick murió a causa del accidente —señaló Katty, con voz carente de matices expresivos.

—Así es. Yo mismo lo he visto, destrozado, afectado por las

llamas…

—¿Y si no era él?

—Era él, estoy seguro, era él. Y no lo digo solamente por la documentación. Aunque algo desfigurado el rostro, no lo estaba tanto como para que no se le pudiese reconocer.

—Entonces…

—Fue ese perro de Arthur. Está muerto y bien muerto. En más de una ocasión me pareció que te deseaba. Y si se enteró de algo, si pudo captar tu llamada a Nick…

—Él había salido ya de casa cuando llamé a Nick. Tú estabas aquí.

—Es cierto… Tal vez sorprendió alguna de nuestras conversaciones.

Katty, tras reflexionar, movió la cabeza en sentido negativo, y dijo:

—No, estoy segura. Hemos puesto mucho cuidado en ello. No sabía nada.

Señaló la atractiva pelirroja una pausa, y prosiguió:

—¡Era Nick, estoy segura! Era su alma y era su cuerpo… Lo sentí frío, muerto… Aunque en algunos momentos parecía lleno de vida. Sobre todo los ojos, aquellos ojos con los que me miraba…

—No hablemos de eso, Katty, por favor…

—Tú mismo lo viste. Me dijiste…

—Yo estaba loco y no sabía lo que vi ni lo que dejé de ver. Me habían golpeado. Y prefiero no recordarlo.

Respiraba agitadamente.

Y prosiguió:

—Fue ese bastardo de Arthur, te deseaba. Lo he pillado espiándote en más de una ocasión. Arthur tenía una llave.

—Nick, o su alma, o lo que fuese, entró por una ventana.

—¿Por una ventana del piso? No me hagas reír.

—Un fantasma puede entrar por donde quiere. Incluso por la chimenea.

—Sí, por la chimenea en llamas… Déjame en paz. Katty, por favor.

Los dos hermanos, mientras hablaban, habían subido al piso y pasado al mismo gabinete en donde se habían producido los hechos.

—He de trabajar. Ha sido un día duro cuando precisamente no

estoy en mi mejor momento —lamentó Ralph.

—Si al fin heredamos, se puede dar todo por bien empleado… Y tú podrás descansar.

—Apenas si he podido dormir en toda la noche. A pesar de dos dosis de somnífero…

—Yo tampoco pude dormir hasta que casi se hizo de día, hasta que cesó de llover, de tronar…

—Lo malo es que se prepara otra noche semejante.

—¿Qué te parece si cenamos ahora? Anne lo ha dejado preparado, no hay más que servir.

—No tengo ganas de cenar.

—Yo sí. Apenas he probado bocado en todo el día. Estoy asustada, muy asustada…

—No tienes por qué estarlo. Arthur Grey ha muerto. Y Nick también. Y por favor, no me hables de fantasmas.

—Sin embargo…

Ralph dijo, con marcada ironía:

—En el peor de los casos, fuese uno u otro, si volviese, no te harían ningún daño…

—Si algo me subleva es que nadie haya intentado jamás tomar algo mío por la fuerza —dijo Katty, en violenta reacción.

—Sin embarco, tú te sometiste, lo vi… ¡lo vi!

Dijo las últimas palabras gritando, llevándose una mano a la frente, por encima de los ojos.

Éstos, en la semipenumbra en que se hallaban, le brillaron como ascuas.

Se abría de nuevo el abismo, algo semejante a lo que había experimentado la noche anterior, cuando había desatado a Ralph para huir luego.

El hombre, insensiblemente, se había ido acercando a la pelirroja.

Ella se separó, cuidando de no herirle, a la vez que decía:

—Voy a disponer la cena.

—Sí, ve y dispón la cena. Intentaré cenar. Mientras, voy a dejar el trabajo dispuesto sobre mi mesa.

Katty se alejó, seguida por la mirada de Ralph, el cual cuándo ella desapareció de su vista, pasó su helada mano por la frente, recibiendo la impresión de que ésta le ardía.

La noche iba avanzando, haciéndose más y más oscura a causa de los densos nubarrones que se iban acumulando.

El viento comenzó a dejarse sentir con fuerza creciente hasta el punto de que una ventana, la misma de la noche anterior, se abrió con violencia.

Ralph corrió a cerrarla.

—¿Qué ha sido eso? —gritó Katty.

—Nada, la ventana. Debes estar tranquila, porque ya la he asegurado. No he dado ocasión para que entrase nadie, ni siquiera un fantasma…

Katty prefirió no responder.

Los recios goterones de agua comenzaron a golpear con fuerza en los cristales de las ventanas.

De repente, el agua se convirtió en granizo, amenazando algunos de ellos con romper los cristales.

—Lo que faltaba… —murmuró Ralph.

Cesó el granizo para arreciar, sin embargo, la fuerza de la lluvia.

Centellearon los relámpagos, aunque parecían distantes aún.

Y a los relámpagos sucedieron los truenos, no fuertes, aún lejanos, desdoblándose lentamente.

Ralph pensó en Margaret Burton. Tal vez aquella noche saldría también. Y sus escasos vestidos, empapados en agua, se ceñirían a sus sugestivas formas, haciendo estallar el deseo de quien la viese.

Era algo que comenzaba a obsesionarle.

Por eso mismo, más de una noche, cuando la benignidad del tiempo lo había permitido, había rondado la casa de la viuda.

De improviso, se percibió un espeluznante aullido. El aullido del lobo.

Ralph se estremeció. Había sido en la misma casa.

Y por unos instantes, pensó que su hermana, a causa de lo sucedido la noche anterior, había enloquecido y la licantropía comenzaba a manifestarse, precisamente en una noche semejante. Lo mismo que le sucedía a Margaret Burton.

Oyó Ralph entonces el grito de su hermana, preguntando:

—¿Qué ha sido eso? Me pareció que se había producido aquí mismo.

La vio llegar corriendo, dominada por el terror.

—¿No has sido tú? —preguntó Ralph.

—¿Cómo has podido pensar…? Yo temí que pudieses ser tú.

Quedaron frente a frente, sin atreverse siquiera a mirarse.

—Ha entrado alguien Ralph. Es Nick…

—A Nick no le ha dado jamás por aullar, que yo sepa.

En la puerta de la calle se produjeron varios fuertes aldabonazos, que hicieron retumbar los tímpanos de los dos hermanos.

CAPÍTULO V

Los aldabonazos rompieron la tensión en que se encontraban Katty y Ralph.

La pelirroja miró a su hermano con angustiada expresión.

Él dijo:

—Los fantasmas no hacen tanto ruido. Voy a ver quién diablos viene a fastidiar ahora.

Con menos decisión de la que aparecía en la expresión de su voz, comenzó a bajar la escalera.

Temió Katty quedarse sola en el piso y descendió también, haciéndolo con lentitud.

Cuando ella llegaba al pie de la escalera, ya Ralph se disponía a abrir en el momento en que se repetían los golpes de aldaba.

Descorrió Ralph el pesado cerrojo, dio vuelta a la llave que se hallaba colocada en la cerradura y abrió.

Frente a él, erguido, rígido, se hallaba Jeremy Bishop, el estrafalario servidor de Nick Stuart.

Su rostro, de color apergaminado, más pálido que nunca, destacaba en la negrura del impermeable, brillante por el agua, en que se había embutido.

Los ojos de Bishop parecían agrandados y estaban inmóviles, como si mirase fijamente a Glenwood.

—¿Qué diablos ocurre, Bishop? Pase pronto.

Al abrir la puerta, entró una verdadera turbonada de agua de lluvia, impelida por el viento, obligando a Ralph a retroceder dos pasos.

El cuerpo de Bishop, rígido como estaba, comenzó a caer hacia adelante, obligando al dueño de la casa a saltar de costado para evitar que le cayese encima.

En el exterior, se volvió a escuchar el aullido del lobo.

Katty gritó, terriblemente asustada.

Glenwood, aunque fuertemente impresionado, no se dejó dominar por el miedo y se apresuró a actuar tan pronto como Bishop, cuyo cuerpo retumbó contra el suelo de madera, hubo quedado inmóvil.

Apartó los pies y piernas para que la puerta de la calle quedase libre para ser cerrada; y se apresuró a cerrar con llave y cerrojo, temeroso de que alguien les pudiese sorprender.

En la llamada, así como en la aparición y caída de Bishop, había algo de terriblemente siniestro que no le había gustado.

El vestíbulo estaba mal iluminado y se apresuró a encender un par de luces más.

Fue cuando se pudo dar clara cuenta de que Bishop había sido apuñalado por la espalda.

El servidor de Stuart llevaba el arma clavada aún y por lo mismo, la hemorragia no era todo lo abundante que podía haber sido de haberle arrancado el arma.

La pelirroja Katty, desorbitada la mirada, había quedado inmóvil al pie de la escalera.

Alguien pasó corriendo por la calle, por la misma puerta del caserón.

—Está muerto —dijo Ralph, dirigiéndose a su hermana.

Logró la pelirroja dominar su terror.

—Esto no me gusta, Ralph. Lo han matado y nos lo han dejado ahí, como si fuese un regalo… Es el alma de Nick Stuart.

—Las almas no trasladan cadáveres de un lado a otro. Además, a Bishop lo han apuñalado ahí mismo.

—¿Margaret?

—No. Margaret, de estar ya en la calle, no ha llegado aún por aquí.

—Nick está muerto. Tú mismo lo has visto.

—Sí. ¿Y a qué diablos habrá venido Bishop? Porque ha venido por su pie, no me cabe duda. Y ha aguardado a hacerlo a que fuese de noche para evitar que lo viesen.

Con sumo cuidado, comenzó Ralph a registrar las ropas del muerto. Y le resultó fácil encontrar lo que tal vez había motivado la visita, la trágica visita.

Ralph lo mostró a Katty, una vez le hubo echado un vistazo para cerciorarse de que no se equivocaba. Y dijo:

—Se trata del testamento de nuestro primo Nick.

—¿Quieres decir…?

—Sí, lo acordé con Bishop. Una vez muerto Nick, lo debía buscar. Y si no nos era favorable, debía hacerlo desaparecer.

Siguió un lapso de silencio. Al cabo, preguntó Katty:

—¿Estás seguro de que el muerto era Nick?

—Seguro. Y Bishop también debía estar seguro de ello. De lo contrario, no habría buscado el testamento.

—Entonces, ¿quién ha matado a Bishop? ¿Por qué?

Ralph no encontró respuesta a la pregunta de su hermana.

Ella prosiguió:

—Porque anoche pudo ser Arthur quien suplantó a Nick. Aunque no lo puedo creer aún. Pero Arthur ahora está muerto. Y no tenía nada contra Bishop.

—No lo sé, Katty. Detrás de nosotros hay otros primos que desearán la herencia tanto como nosotros mismos.

—Pero si el testamento no nos es favorable, los favorecerá a ellos. En ese caso se lo habrían llevado después de matar a Bishop y dejarlo ahí para comprometemos.

Ralph permaneció silencioso, pensativo, tratando de adivinar lo que podía haber tras todo aquello que parecía tener mucho de sobrenatural, algo que se escapaba a su raciocinio.

Al fin, dijo lentamente:

—Tal vez lo intentaron. Pero recuerda que se oyeron ruidos, alguien pasó corriendo. Tal vez se asustaron y hubieron de huir, a su vez.

—En tal caso, quiere decir que pueden volver.

—No volverán. Ahora saben ya que han fracasado…

Volvieron a quedar silenciosos, contemplando el cadáver de Bishop.

—Hay que deshacerse de él —dijo al fin Ralph.

—Es peligroso sacarlo como hiciste con Arthur.

—La tormenta arrecia. Fuera de Margaret Burton, no creo que haya nadie por la calle. Y sí alguien tiene necesidad de salir, irá corriendo.

—A pesar de ello, puedo ayudarte.

—Será mejor que no salgas. Me las arreglare mejor solo. Piensa también que en dos yardas no se distingue un cuerpo.

—Eso es cierto.

—Puedes encargarte de que aquí adentro no quede la menor huella.

—Puedes ir tranquilo.

Ralph tomó un pañuelo que llevaba el propio Bishop para taponar la herida al arrancarle el arma.

Katty, apartando la mirada de la desagradable escena, se dirigió a buscar lo necesario para hacer la limpieza, tan pronto como su hermano saliese, llevándose el cadáver de Bishop.

Cuando regreso, ya Ralph se disponía a salir con su fúnebre carga.

—Espera. Apagare las luces y abriré. Y atisbaré antes de que salgas —dijo la pelirroja.

—Ten cuidado. Ya sabes que no temo a los fantasmas, sino a los vivos. Y aún quedan demasiados.

Katty asintió. Y mientras se dirigía al conmutador de la luz, dispuesta a apagar, dijo, dando la sensación de que tal punto para ella constituía una especie de obsesión:

—Eran los ojos de Nick, estoy segura Arthur no era capaz de mirar así. Había demasiado cinismo. Y se regodeaba porque sabía que me hacía daño.

—Pero fue a Arthur a quien mataste.

—Arthur pudo llegar después, cuando el otro se había marchado.

No se atrevió la pelirroja a nombrar el alma de Nick Stuart, segura de que su hermano se pondría furioso.

—¡Está bien! Olvídalo ya. O cállate.

Apagó la luz y fue hasta la puerta, la cual abrió, tras consultar a su hermano.

Asomó. El viento le echó al rostro una fuerte rociada de agua de lluvia, obligándola a retroceder.

Se rehízo y volvió a asomar en el momento en que unos relámpagos iluminaron la calle por brevísimos instantes.

Y apenas si le quedó aliento para decir:

—Adelante.

Salió Ralph con su fúnebre carga.

Y ella se apresuró a cerrar y a atrancar la puerta, no contentándose con dar vuelta a la llave y pasar el pesado cerrojo.

Luego se apoyó de espaldas contra la misma puerta.

Entonces recibió la sensación de que el corazón le golpeaba en el interior del pecho, como queriendo salir.

Y volvió a sentir miedo, tanto, que no osó moverse y menos aún encender la luz, cuya llave tenía al alcance de la mano.

Cuando dejó de escuchar los golpes de su corazón, recibió la sensación de que no estaba sola.

Y se sintió ganada por un frío intenso, mientras que el escaso vello se le erizaba.

Volvió a oír, muy cerca de su oído, la misma voz que la noche anterior le hablase instantes antes de que su primo la atacara.

—Sé que estás deseando volver a sentirte en mis brazos.

Quiso Katty gritar, llamando a su hermano, pero la voz no salió de su garganta.

Alargó una de sus manos, temiendo encontrar el cuerpo frío, empapado en sangre, lluvia y barro, como la noche anterior.

Pero su mano quedó en el vacío.

La misma voz dijo entonces:

—Es inútil. Ya no es posible que mi cuerpo se una al tuyo.

Siguió un respirar estertoroso, jadeante.

Y la misma voz prosiguió:

—Mi cuerpo está enterrado ya. Mejor dicho, está cubierto por una losa en el panteón familiar.

Sintió Katty que las piernas se negaban a sostener el peso de su cuerpo y comenzó a caer lentamente hasta quedar de rodillas.

Le llego una especie de desagradable, viscoso aliento.

La misteriosa voz prosiguió, en tono hiriente:

—Pero te poseerá mi alma, que se adueñará del cuerpo de Ralph… Sí, de Ralph, que también te desea.

Katty gritó desesperadamente:

—¡No!

—¿Por qué gritas, si tú también me deseas?

Katty pensó que estaba siendo víctima de un juego innoble y atacó de pronto, impulsivamente, llegando a clavar sus uñas en el rostro del ser que estaba cerca de ella.

Un rostro cubierto de una barba corta, de un par de días como mucho.

En la oscuridad en que se hallaban, Katty había acertado a ver

un bulto, correspondiente a un cuerpo masculino, que muy bien podía ser el de su primo muerto.

Temió la atractiva pelirroja el contraataque, e inició un movimiento para huir, dispuesta a refugiarse en su alcoba.

Sintió que una mano la sujetaba por la ropa.

Golpeó y fue capaz de desasirse. Y corrió, llegando hasta el pié de la escalera.

Sabía que estaban solos, que sería inútil gritar.

Por su parte, el misterioso atacante había sido capaz de dominar el grito de dolor que había pugnado por emitir.

Y corrió, a su vez, detrás de su víctima.

Saltó como un tigre cuando ella iniciaba la subida por la escalera.

Y ambos rodaron al suelo de manera violenta.

Katty desplazó con fuerza su pierna derecha, intentando el golpe.

Tuvo suerte y alcanzó a su enemigo en el puente de la nariz.

Y la pelirroja, libre de la presa que el atacante había logrado, volvió a correr escaleras arriba.

Katty pudo llegar al piso superior; pero hubo de entrar en la sala en lugar de dirigirse a la alcoba.

Se sintió alcanzada de nuevo por el intruso, entre cuyas manos dejó su chaqueta de punto, tras saltar los botones.

Llegó hasta la chimenea encendida y tomó uno de los leños, atacando con él, a su vez, al individuo que se le venía encima.

Logró sorprenderle y le alcanzó con la brasa en el entrecejo.

Al ataque siguió un alarido de dolor.

Volvió a atacar Katty, alcanzando de nuevo al intruso, que volvió a gritar.

La había aferrado, pero el dolor le obligó a soltar.

Centellearon en sucesión varios relámpagos. Y Katty pudo ver entonces que su atacante no era Nick Stuart. Ni siquiera se le parecía, aunque también se trataba de uno de sus primos.

Volvió furiosa al ataque, dispuesta a no dejarse vencer.

—¡Maldito farsante! ¡Te mataré! —gritó Katty.

Pero el hombre, sintiéndose en inferioridad, no quiso aguardar a más, y tras volver la espalda, echó a correr.

Pero no se dirigió a la planta baja por la misma escalera

principal que habían empleado para subir, sino que corrió en dirección a la cocina para buscar la puerta de la servidumbre.

Katty le arrojó el leño encendido. Acertó con su improvisado proyectil y le alcanzó en la cabeza.

Trastabilló el hombre al golpe, pero siguió corriendo inmediatamente.

La pelirroja le siguió. Pero instantes después tropezó con algo y se fue de bruces de manera violenta.

Quedó aturdida momentáneamente.

Cuando logró levantarse, oyó el ruido de una puerta que se cerraba con violencia. El intruso había podido huir, según parecía.

Y ella hubo de ocuparse en sofocar rápidamente el fuego que había originado el leño encendido que había arrojado a la cabeza del fugitivo.

CAPÍTULO VI

Ralph Glenwood se hallaba al límite de sus fuerzas cuando logró deshacerse del cadáver de Bishop, arrojándolo por el acantilado al mar en el mismo lugar por donde había lanzado la noche anterior el cuerpo sin vida de Arthur Grey.

Seguidamente se dejo caer sentado en una roca.

El cuerpo de Bishop había levantado una pequeña tempestad de espuma a su choque con el agua.

Luego se había hundido para aparecer al poco a unas yardas de la orilla.

Pudo verla gracias a una sucesión de relámpagos a los que siguió un fuerte trueno que pareció sacudir las rocas en que se hallaba.

Luego volvió a quedar todo sumido en la oscuridad.

Se sintió aliviado al pensar que el agua y el viento racheado borrarían totalmente las posibles huellas que hubiesen quedado.

Se puso en pie y volvió a mirar. No vio nada.

Y lentamente emprendió el regreso a su casa, cuidando de no dejarse ver, buscando los lugares más oscuros, peor iluminados.

No lejos de su casa, le sorprendió el aullido de Margaret Burton.

No logró verla, aunque la presintió cerca. Y experimentó no poco miedo. Corrió.

Llegó a su casa y se dispuso a entrar por la puerta de servicio, cuya llave poseía.

Entró. Y se apresuró a cerrar con llave, echando también el cerrojo de que disponían en aquella parte.

La señora Anne pasaría la noche fuera. En cuanto a Arthur, había sido enterrado aquel mismo día.

Una vez en el piso, percibió el olor a quemado.

Y llamó a Katty, la cual le respondió desde el salón. Cuando entró en el mismo, la encontró sentada en un cómodo sillón, frente a la chimenea.

Las llamas se reflejaban en su rostro, dando nueva vida a sus ojos. Y también en su rojiza cabellera, formando como una especie de aureola en torno a ella.

—¿Por qué estás a oscuras?

—Me siento más tranquila así.

—¿Miedo a los fantasmas?

—Malditos farsantes… Tal vez miedo a mí misma.

—¿Qué ha sucedido?

—Hemos tenido visita.

—No me digas que ha estado aquí el fantasma de Nick Stuart.

—Ha intentado hacerme creer que era el fantasma de Nick. Y yo he llegado a creerlo.

—¿Y quién era?

—Otro de nuestros indeseables primos: Edward Sargent.

—Ese aventurero… Pero ¿no se había ido a Australia?

—Ha estado aquí.

Ralph, que se había quitado el impermeable mientras hablaba, tomó asiento también cerca del fuego y alargó sus manos que casi tenía entumecidas por el frío.

Luego pidió, sin atreverse a mirar a su hermana, dándose cuenta de que en la ropa de ella había bastante desorden:

—Habla…

La pelirroja, de forma bastante coherente y objetiva, hizo a su hermano un relato de lo sucedido, y también de las emociones que había experimentado desde el momento en que había cerrado y atracando la puerta, Una vez hubo salido él, llevando el cadáver de Bishop.

Cuando ella hubo terminado, preguntó:

—¿Estás segura de que era Edward Sargent?

—Completamente segura.

—Pero has hablado de su voz. Y no se parecía en nada a la de Nick.

—Ésa es una de las cosas que me desconciertan. Era la voz de Nick. La misma que oí anoche poco antes de que él me atacase.

—No fue Nick quien te atacó, recuerda. Fue Arthur. Nick estaba muerto.

Tras un lapso de silencio, dijo Katty:

—No estoy segura de nada. Eran los ojos de Nick, y era su voz,

aunque luego el apuñalado fuese Arthur…

Y hoy era la voz de Nick, la misma de anoche. Arthur está enterrado. No ha podido ser él.

—Eso es cierto. Tal vez Edward fue capaz de imitarla. Tú debías estar muy asustada, alterada…

—Mucho, es cierto.

Tras un lapso de silencio, dijo la pelirroja:

—Pero ¿cómo ha podido repetir Edward lo que me dijo cuando se hizo pasar por el espíritu de Nick? Si Nick murió en el accidente. Edward no tenía por qué saber todo eso.

Lo acentuó significativamente.

Ralph respondió:

—Tienes razón.

Tras un lapso de penoso silencio, dijo Katty:

—Nick tiene siete vidas o más. Lo hemos querido matar y su muerte pesará en nosotros. Y él estará dentro de nosotros. Es verdad lo que dijo. Y por favor, 110 me mires así.

—¿Cómo te miro? ¿Se puede saber?

—Como un hombre. Cierto día te vi mirar a Margaret Burton y la mirabas así.

—¡No me fastidies!

—Ten cuidado, Ralph. Creo que te mataría. Sí, lo mismo que apuñalé a Arthur Grey.

—¿Y a Nick Stuart? —preguntó Ralph, con ironía.

La pelirroja se mordió el labio inferior. Y respondió:

—Nick me gustaba y habría logrado que fuese para mí. Nos hubiéramos casado o no, pero lo hubiese tenido y habría sido feliz con él. Si accedí a tenderle la trampa fue porque necesitamos dinero. Y porque no terminaba de hacerme caso. A veces me parecía que se burlaba de mí.

—Motivo suficiente para matarlo, ¿no?

—¡Pues sí! Pero era diferente…

Tras una pausa, dijo Ketty:

—¿Por qué no buscas a Margaret en sus días o sus noches buenas, en sus momentos de lucidez? Tal vez si te la llevas lejos, si cambia de clima, se puede curar.

—¿Es que quieres librarte de mí? ¿Que ella me mate en uno de sus ataques?

—Para matar a su marido no necesitó un ataque. Entonces estaba bien. Y si luego mató a su amante, ¿se ha sabido por qué? No fue en una noche de tormenta.

—No se puede asegurar que lo haya matado.

—Es cierto, perdona.

Katty se puso en pie y se desperezó, poniendo luego orden en sus ropas.

—Voy a disponer la cena. Aunque no tengamos ganas, hay que tomar algo.

Asintió Ralph, con un simple movimiento de cabeza.

Cuando Katty se hubo alejado. Ralph miró sus manos, fuertes, recias, hasta el punto de que podría estrangular fácilmente con ellas a una persona.

Recordó las palabras de Katty referentes a Margaret Burton. Era cierto que le gustaba, que la deseaba más que a ninguna otra mujer en el mundo; pero al mismo tiempo, le tenía miedo.

Por otra parte, Margaret, en sus días normales, le había esquivado, le había burlado, como si no lo considerase suficiente para ella.

Cerrando los ojos vio la imagen de Margaret; fue capaz de evocarla hasta recibir la sensación de que la tenía allí mismo.

No era la Margaret que había oído hacía bien poco antes de entrar en el caserón, sino la Margaret de los días y las noches normales, atractiva, insinuante y esquiva a la vez.

Destacaba su cuello blanco, largo, emergiendo de su ropa de tonos oscuros.

Sintió deseos de besarla, de poseerla, de estrangularla porque ella se le resistía.

Y lo hizo volver en sí la voz de su hermana Katty, que le preguntaba:

—¿Qué diablos te sucede? ¿Es que estás loco?

Ella había retrocedido asustada. Estaba cerca, tan cerca que en su imaginación la había tomado por la atractiva viuda.

—No has hecho ruido.

—Estabas fuera de ti, como si te hubiesen hipnotizado. Me acerqué a despertarte de esa especie de sueño.

Ralph se pasó la mano derecha por la frente, como si tratase de alejar sus pensamientos, sus sueños, la confusión de ideas en que

vivía.

Y dijo a su hermana:

—Estoy cansado, nervioso…

—Has abusado de los somníferos. Y eso no te ayuda en nada. En todo caso, momentáneamente. Pero luego la reacción es peor.

—Tal vez tengas razón. Trataré de dormir sin necesidad de ellos.

Pasaron los dos hermanos al comedor. Katty había servido la frugal cena que Anne les había dejado preparada.

—Si te apetece algo más, lo dices. Aunque no debes cargar el estómago si quieres descansar bien. A veces abusas.

—Está bien, Katty. Pareces un predicador.

—Haz lo que quieras; por mí… Voy estando harta de todo esto y cualquier día me largo.

—¿Adónde, si se puede saber?

—A donde haya sol y alegría.

—¿Y qué vas a hacer allí, si se puede saber? No sabes hacer nada, no tienes idea de cómo se puede ganar uno la vida.

—Puedo cuidar niños. Eso es fácil, y teniendo educación, te admiten en cualquier sitio.

—¿Serás capaz de descender tanto?

—Peor es convertirse en una criminal. Y no lo digo por la muerte de Arthur, que bien merecida la tiene. Sino por la trampa que le tendimos a nuestro primo Nick.

Ambos hermanos se habían sentado a la mesa. Y comenzaron a comer al mismo tiempo, con evidente desgana, particularmente por parte de Ralph, el cual parecía profundamente preocupado.

Ralph dijo, al fin:

—Tratas de huir de mí.

—Huyo de mí misma. O de lo que me rodea y que me asfixia. No lo sé.

Ambos hermanos percibieron un leve crujido. Era la madera del piso, o algún mueble.

Estaban tan nerviosos, aunque intentaban disimularlo, que iniciaron un movimiento para ponerse de pie.

Ralph dijo, al fin:

—No es nada. La madera reseca…

—¿Reseca en este tiempo? ¿Y si ha sido alguien que ha pisado uno de esos falsos que se hacen a veces?

—La casa está cerrada totalmente y no la pueden abrir desde fuera. Tú misma dijiste que Edward se había largado escaldado y bien escaldado.

—Oí el portazo al salir.

Lo dijo con poca seguridad, con visible vacilación.

—¿Qué te sucede?

—Caí cuando le perseguía, y por eso no lo pude atrapar. Y ahora, al recordarlo, pienso en la caída. Fue como si alguien me zancadilleara…

—¿Pero Edward no corría delante de ti?

—Es lo que pienso. Y tal vez él no estaba solo.

—No viste a nadie más.

—Recuerda la voz de Nick. No era Edward el que hablaba, ahora estoy segura de ello.

—Pero fue a Edward al que arañaste abajo. ¿O no? Me dijiste que cuando lo atacaste con el leño encendido, pudiste apreciar en su mejilla izquierda la señal de tus uñas.

—Sí, eso es cierto.

Hablaba cada vez con mayor temor. Y dijo, a poco:

—Todo esto es muy extraño, Ralph. Presiento que no estamos solos.

Lo dijo en voz baja, como si temiese que la pudiese oír alguien ajeno a ellos.

Ralph se puso en pie, dispuesto a registrar la casa.

Y en aquel mismo momento se apagó la luz.

—No te muevas —dijo Ralph, en voz baja, a su hermana.

Ésta, como si él la pudiese ver, le respondió con un simple movimiento afirmativo de cabeza.

Y se dejó caer en la silla.

Ralph se desplazó andando sobre las puntas de los pies. Mantenía todos sus sentidos alerta, confiando sobre todo en su olfato, tal vez el más útil, en la oscuridad en que se tenía que desenvolver.

Tuvo un presentimiento y se agachó.

Algo pasó zumbando por encima de su cabeza, y fue a estrellarse con estrépito contra una de las paredes, haciéndose trizas.

Se lanzó en salto de tigre, tratando de atrapar al que había lanzado el objeto.

Y tropezó contra un mueble, golpeándose en la cabeza, a pesar de haber tomado la precaución de colocar las manos por delante.

Se sintió medio aturdido. Y decidió permanecer momentáneamente inmóvil, tratando de captar el mínimo ruido, de que su vista se adaptase a la oscuridad.

Transcurrió un lapso de tiempo en el que no se percibió más ruido que el tictac del reloj de pared.

Katty sintió que una mano húmeda, viscosa, fría, trataba de tomarla por el cuello.

Gritó de manera que resultó espeluznante, y se puso de pie, corriendo en dirección a la puerta.

Tropezó en el cuerpo de Ralph y cayó con violencia.

Gimió primero. Sollozó convulsivamente después.

Ralph decidió incorporarse y acudió, dispuesto a consolarla.

En aquel momento se encendió nuevamente la luz.

Sentado a la mesa había alguien. Se trataba de Edward Sargent, cuyo rostro estaba pálido. Y sus ojos, muy abiertos, parecían mirar a los dos hermanos con burlona expresión.

Katty volvió a gritar y se refugió en los brazos de su hermano.

Ralph acarició la roja cabellera de la joven.

En aquel momento, como un susurro, se oyó la voz de Nick Stuart, que decía:

—Bien, Ralph. Ahora somos ya uno solo. Katty me gusta: me atrae… Pero yo carezco de cuerpo…

CAPÍTULO VII

La pelirroja Katty, en lugar de desmayarse, como era de temer, reaccionó violentamente y corrió en dirección a su próxima alcoba, en la cual se encerró.

Una vez en ella, encendió las luces, cerró bien la ventana y luego se aseguró de que estaba sola, de que no había allí ningún intruso.

Ralph, al quedar solo, habló en tono desafiador, sin dirigirse directamente a nadie que fuese visible, dando la sensación de que había perdido el equilibrio mental:

—Te mataré. No te volverás a burlar de mí. Te mataré con mis propias manos. ¿Por qué no das la cara, farsante?

Dirigió luego la mirada a su nuevo invitado, a Edward Sargent, que permanecía inmóvil, mirando sin ver, manteniendo aquella mueca burlona que había quedado grabada en su rostro al morir.

Porque a Ralph no le cupo duda alguna de que su primo Edward estaba muerto.

Aquello le planteaba el problema de arrojar el cadáver al mar como había hecho con los de Arthur y Bishop. Era el mejor procedimiento, máxime si se tenía en cuenta que proseguía la tormenta, la cual iba en progresión aún.

Para confirmárselo, volvieron a centellear los relámpagos y se produjo un trueno que dio la impresión de que iba a hacer saltar el caserón en pedazos.

Y acto seguido arreció el aguacero, produciendo un ruido asustante al ser acompañado por el ulular del fuerte viento.

Ralph, a pesar de que había visto el cadáver de quien se suponía su primo Nick, dijo, como hablando consigo mismo:

—Sé que no estás muerto, Nick Stuart. Y que con Edward son tres ya los que mueren por tu causa… Pero yo te mataré. Conmigo no podrás.

Deseaba Ralph que su primo Nick le respondiese, convencido como estaba de que él se hallaba en la casa.

Pero la provocación no surtió efecto, y Ralph se hubo de decidir a acercarse al cuerpo de Edward, no sin antes asegurarse de que en el comedor no quedaban ni rastros de Nick.

La mejilla izquierda de Edward estaba señalada por las agudas uñas de Katty, tal como ésta le había dicho. En aquello no podía haber engaño.

—Estate en Canadá… Más le habría valido continuar allí —dijo Ralph para sí.

Tocó a su primo. Tal vez no hacía ni veinte minutos que lo habían matado.

¿Cómo?

No había puñal, ni hemorragia. No había a la vista señal alguna de golpe. Ni tampoco de que hubiese sido estrangulado.

Aunque aquello, en aquel momento, carecía de importancia. Lo fundamental era librarse del cuerpo. Y lo menos complicado era arrojarlo al mar. Dar cuenta a la policía habría sido absurdo.

¿Cómo explicar que le habían dejado un cadáver sentado a la mesa?

Se decidió Ralph a tomar el cuerpo de Edward, quitarlo de la silla en que lo habían sentado y lo tendió en el suelo en posición decúbito supino.

En principio, no pudo tampoco descubrir las causas de la muerte.

Se dirigió a cerrar la puerta del comedor, poniendo un par de sillas detrás de ella para que si intentaban forzarla se produjese estrépito.

Seguidamente, registró bien el comedor, los lugares que podían ocultar a un ser humano, y que no eran muchos.

Se sintió satisfecho.

—Nadie —dijo.

Oyó su propia voz con evidente satisfacción, porque le sonó a normal. Estaba tranquilo.

Desabrochó entonces la camisa que Edward llevaba puesta. Y tanteó con sus dedos por el busto.

Al llegar a la altura del corazón, descubrió alijo que no era normal. El muerto llevaba adherido en tal lugar un trozo de

esparadrapo. Allí existían leves huellas de sangre.

Y no quiso destapar, aunque suponía que la sangre se había coagulado ya lo suficiente para que no se produjese la mínima hemorragia.

—Está claro… Le han debido clavar en el corazón una aguja larga. Más que suficiente para matarlo.

Repasó Ralph en su memoria. Tres muertos, el primero a manos de su hermana: Arthur Grey.

El segundo. Bishop. ¿A manos de quién? ¿De Nick o del propio Edward Sargent?

El tercero había sido Sargent. Y su asesino había sido Nick Stuart, no cabía duda alguna.

Pero había un cuarto cadáver. El del supuesto Nick Stuart. ¿Quién era? ¿Y quién lo había matado?

—Tal vez el propio Nick, no puede ser otro —se respondió.

Se puso Ralph de pie, tras haber cerrado la camisa de Edward. Tomó a continuación el cadáver, y se dirigió con él hacia la puerta del comedor, de la cual separó las sillas que había puesto.

Encendió la luz del pasillo, y a continuación la del salón, en donde había quedado su impermeable, el cual debía volver a vestir.

Sobre una silla, abandonado, se hallaba el testamento que le había sacado a Bishop de la ropa. Hizo un gesto de indiferencia. Pero luego, pensando en que alguien se lo podía llevar, lo guardó de nuevo en uno de sus bolsillos.

Percibió entonces una leve corriente de aire y el ruido de una puerta que se cerraba con cierto estrépito.

Había sido en la planta. Y la puerta, la de servicio.

Aquello podía ser un engaño de Nick para hacer creer que se había marchado. Y también podía ser que se hubiese alejado, considerando que por el momento les había fastidiado ya bastante.

Se desplazó hasta la puerta del dormitorio de Katty, llamó en ella con los nudillos de la diestra y se dio a conocer. Seguidamente le anunció:

—Me voy de paseo con nuestro primo Edward. Está un poco mareado y no quiero que se vaya solo.

Katty se apresuró a responder:

—¡Espera! No te vayas aún.

—Tengo prisa.

Le respondió hoscamente, para darle a entender que estaba profundamente fastidiado con ella por su conducta, por su desconfianza hacia él.

Katty abrió rápidamente y dijo a su hermano:

—Me voy contigo. No quiero quedarme sola.

—Llueve demasiado. Además, él se ha ido.

—He oído el portazo. También lo oí antes y, sin embargo, se había quedado. No solamente él, sino ése.

Al terminar de hablar, Katty señaló el cuerpo de Edward, que se apoyaba contra la pared, aunque bien sujeto por Ralph.

—Está bien, date prisa. Pero bien cerrada como estabas…

—Temo que me volvería loca. Es lo que pretende. Me pongo el impermeable en un momento.

Ralph delante, con el cuerpo de Edward, Katty detrás, tratando de ayudarle, descendieron a la planta baja, dirigiéndose a la puerta del servicio. Descorrido el cerrojo, despasado el cierre de llave, estaba sujeta únicamente por el picaporte.

—Han abierto por dentro. Estaba aquí. Lo de antes había sido una ficción —dijo Katty, que se había adelantado a su hermano.

—Estaba claro. Te habrás convencido ya de que no hay fantasmas. Y que Nick está más vivo de lo que nos puede convenir.

—¿Y qué podemos hacer?

—Matarlo.

Hizo Ralph una señal a su hermana para que abriese.

Obedeció ella y salió delante.

Una vez en la calle, hizo seña a su hermano para que saliese a su vez con su fúnebre carga.

Cuando él hubo salido, Katty cerró con llave, aunque tenía el convencimiento de que aquello no servía para nada. Si Nick Stuart quería entrar en el caserón, entraría. Había demostrado que podía hacerlo.

Iniciaron los dos hermanos el camino en dirección al lugar por donde ya habían sido arrojados al mar Arthur Grey y Bishop.

El viento y la lluvia habían arreciado hasta el extremo de que dificultaban grandemente el avance de los dos hermanos.

Aquello les obligaba a realizar un mayor esfuerzo. Pero les daba la casi absoluta seguridad de que no se encontrarían con nadie.

* * *

Una vez el cuerpo de Edward Sargent hubo desaparecido, tragado por las aguas, tanto Katty como Ralph respiraron con expresión de alivio.

Y fue Ralph quien dijo:

—Nick nos está creando ya demasiados problemas. Esto no hay quien lo aguante.

Katty, después de reflexionar, dijo:

—Él volverá a casa. Más tarde, mañana, cuando sea. Le podemos preparar una trampa.

—Lo he pensado mientras nos dirigíamos hacia aquí. Pero luego he decidido que no tenemos por qué esperar.

—¿Qué quieres decir?

—Sencillamente. Hay que ser corteses y más cuando se trata de familia. Vamos a devolverle la visita.

—Pero eh una noche como ésta… Su casa está lejos.

—Es la noche ideal. Seguro que no nos espera. Hay que sorprenderle y le sorprenderé.

—¿Y cómo le vas a sorprender? ¿Llamando para que te abran? ¿O piensas abrir con los dedos?

—Antes de arrojar al mar el cuerpo de Bishop, le registré. Y entre otras cosas, encontré esta llave maestra.

Ralph enseñó a su hermana la llave. Se mostraba Glenwood seguro de sí, incisivo.

—¿Y con qué le piensas matar? Él es más fuerte que tú.

Ralph indicó a su hermana sus manos grandes, recias, de pulgares muy desarrollados. Y dijo:

—Me basta con éstas. Ya te he dicho que le sorprenderé. Y por si fallase, tengo mi naipe marcado en la mansa.

No quiso ser más explícito.

Y dijo a continuación:

—Si tienes miedo, te acompañare a casa y te dejaré allí.

Katty ansiaba tanto como su hermano terminar con aquel desagradable asunto. Y respondió, con resolución:

—Te acompaño. Quiero poder ayudarte en el caso de que hiciera falta.

—Pues no perdamos tiempo. Conozco un atajo por el que, aparte el tiempo, iremos mejor resguardados del agua y del viento que por el camino normal.

—Vamos. Lo conozco.

Los dos hermanos caminaron con resolución, dispuestos a terminar con su primo.

A lo lejos se escuchó el espeluznante aullar de Margaret Burton.

—Esa pobre loca… Me da verdadera lástima —dijo Katty.

* * *

Tanto a Ralph como a Katty les resultó fácil comprobar que la puerta principal de la casa de su primo estaba asegurada por dentro, aparte la cerradura de llave.

Porque la cerradura había sido abierta, pero la puerta resistió a todas las presiones imaginables.

Ralph, aunque desconcertado, dijo entonces:

—La puerta del garaje. Parece que él toma precauciones.

Katty negó con un movimiento de cabeza. Y dijo:

—La puerta del garaje se abre mediante un sistema de célula fotoeléctrica. Y si se trata de forzar la entrada, da la alarma.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo Bishop. Queda la puerta de servicio.

—¿No estará atrancada?

—No creo. Debe suceder como en nuestra casa. Subsiste la tranca que se ponía antiguamente. Pero no en las puertas destinadas al servicio.

—Podíamos haber comenzado por ahí.

Tuvieron suerte en su segundo intento por la puerta de servicio, la cual quedó practicable.

Ralph fue el primero en entrar, sujetando la puerta para dar luego paso a su hermana.

Entró ella. Y Ralph cerró por dentro, cuidando de no hacer ruido.

—Ten cuidado —advirtió el hombre—. Voy a encender mi linterna de pilas.

Katty musitó, casi al oído de su hermano:

—Aquí hay algo que no me gusta.

Iba a responder Ralph, tranquilizando a la pelirroja, cuando ambos hermanos se sintieron deslumbrados por el haz de luz de una potente linterna de pilas.

Y alguien, con cavernosa voz, les conminó:

—No se muevan. Les tengo encañonados con una escopeta. No

tendrían escape posible.

Ni Katty ni Ralph habrían necesitado de la amenaza para quedarse inmóviles, sin capacidad de reacción por el momento.

Habían reconocido la voz de Jeremy Bishop, el hombre que, según creían, había sido lanzado al mar por Ralph aquella misma noche tras haber sido asesinado.

CAPÍTULO VIII

El tétrico Bishop experimentó no poca sorpresa cuando reconoció a los dos hermanos.

Dejó descansar la linterna y encendió la luz eléctrica, cuya llave tenía al alcance de la mano.

Pero no dejó la escopeta, con la cual continuó encañonando a los Glenwood, a los cuales miró con expresión entre torva y desconfiada.

Y preguntó:

—¿Qué diablos hacen aquí? ¿Y por qué han entrado como dos ladrones?

El primero en recobrarse de los dos Glenwood fue Ralph, el cual dijo:

—¡Jeremy Bishop!

—¡Claro que Jeremy Bishop! ¿A quién esperaban encontrar?

Ralph, desconfiando instintivamente del siniestro Bishop, dijo:

—A nadie, Jeremy. Mi hermana y yo hemos visto cómo lo apuñalaban a la puerta de nuestra casa. Abrí para ayudarle, y usted cayó muerto…

Bishop pareció desconcertado.

Y dijo al fin, tras un lapso bastante prolongado de silencio:

—¿Se está burlando de mí?

—No creo que lo que está sucediendo sea como para tomarlo a broma.

—¿Qué está sucediendo, fuera de lo previsto? Bueno, la muerte de Arthur Grey. Son cosas que suceden todos los días. Ese jovenzuelo gustaba demasiado de las aventuras femeninas.

Se encogió de hombros, antes de añadir:

—Por lo demás…

Ralph sacó el testamento del que se había apoderado y lo mostró a Bishop, al cual dijo:

—¿Conoce esto?

Frunció el entrecejo el servidor de Nick Stuart y tomó el documento, el cual examinó, a pesar de que lo había reconocido.

—Lo conozco. Es la copia del testamento que les debería llevar a ustedes. Les deja fuera del testamento. Y también a mí.

Las últimas palabras las dijo Bishop con sombría expresión.

Luego, preguntó:

—¿Cómo diablos…? No he querido acercarme de día a su casa. Y esta noche se presentó tan horrorosa como anoche. Eso podía aguardar.

—Le dije lo sucedido. Vimos cómo le apuñalaban, acudimos en su ayuda y cayó dentro de nuestra misma casa. El asesino o los asesinos habían huido.

—Pero ¿yo estaba allí muerto? —dijo Bishop, en tono que quiso hacer humorístico.

—Eso mismo. Muerto, con un puñal clavado a la altura del corazón, por la espalda. Entendí que le habían sorprendido cuando llegaba ya a mi casa a llevarnos el documento. Le registré y lo encontré.

Bishop dejó la escopeta que había mantenido en la diestra hasta entonces y rió de manera estentórea, con risa entrecortada, capaz de poner los pelos de punta a cualquiera.

—Tómelo a risa, puesto que está vivo. Pero ¿y el documento? —pregunto Ralph en un instante en que Bishop guardó silencio.

Frunció Bishop el entrecejo, se rascó el cogote de manera maquinal y dijo a continuación:

—Es cierto. ¿Y el documento? Porque es éste, no hay duda.

Seguidamente, preguntó:

—¿Y mi cadáver? ¿Dónde está mi cadáver?

—¿Qué cree usted, Bishop? No habrá pensado que lo he guardado en mi casa. Ni tampoco que habré dado cuenta a la policía. Pienso que habría levantado no pocas suspicacias.

La respuesta de Bishop tardó en llegar. Dijo, con su voz cavernosa:

—Sí, claro. Tras lo sucedido al señor, y siendo ustedes los más próximos parientes, es decir, sus herederos…

—¿Quién ha podido robar de aquí este documento? A menos que sea otra copia…

—No hay otra copia en casa, lo sé. Además, la reconozco por ésa señal.

—Entonces, ¿quién la ha podido robar?

—Es absurdo, no tengo ni idea.

—¿Conoce usted a nuestro primo Edward Sargent?

—¿El de Australia? Sí, claro, lo conozco.

—¿Lo ha visto últimamente?

—No he ido a Australia jamás. Y que yo sepa, él no ha venido.

—¿Se escribía con Nick?

—No lo puedo saber. El señor vive la mayor parte del año en Londres. Ignoro con quién se comunica.

Rectificó para decir, con malicia:

—Bueno, vivía…

—¿Vio usted su cadáver, Bishop?

—¡Claro que sí! Tuve que reconocerlo ante el juez. Y estuve presente cuando lo dejaron en el panteón de la familia. Quise asegurarme.

—¿Y está seguro de que era él?

—¡Claro que estoy seguro! Además, ¿cómo se hubiese podido salvar con el golpetazo que se pegó? Malo si se hubiese quedado en el coche. Y malo también salir lanzado como parece que salió.

—Yo también estaba creído de que era él. Pero luego me he convencido de que no.

—Perdone si le digo que no está usted bien. La impresión, el miedo…

Katty, silenciosa hasta entonces, intervino para decir:

—Ni impresión ni miedo, Bishop. Le puedo asegurar que Nick Stuart está vivo. Tengo más motivo que nadie para saberlo.

El hombre se rascó el cogote, reflejando en su rostro la perplejidad que sentía.

Luego dijo:

—Eso es imposible.

—No es imposible. Es como le decimos. Él está vivo. Nos visitó anoche y nos ha vuelto a visitar hoy.

Movió Bishop la cabeza en sentido negativo. Su rostro reflejaba incredulidad.

—Si está vivo o no está vivo, lo voy a saber muy pronto. Y si está vivo, lo mataré.

Reflejaba la voz de Bishop odio y temor a la vez. Odio hacia el que había sido su patrón. Temor a que estuviese vivo y le denunciase.

Aunque, por otra parte, Nick Stuart no podía saber que había sido él quien le había preparado la muerte produciendo la avería del coche.

Ralph intuyó algo de lo que sucedía en el ánimo de Bishop. Y le dijo:

—Él no le denunciará. Aunque supiera que fue usted quien preparó el coche para que saltase.

—¿Por qué?

—Si él está vivo, que lo está, ¿quién ocupa su lugar en el cementerio?

—No tengo ni idea, pero…

—Pero si hay uno en su lugar, es porque él lo mató.

—Sí, puede ser. O pudo ser un accidente y se aprovechó.

—Luego está la muerte de Edward Sargent…

Bishop desorbitó la mirada, a la vez que preguntaba:

—¿El de Australia?

—El mismo. Y el hombre que ha sido apuñalado y que nosotros creímos que era usted, ¿quién lo mató? Ha tenido que ser cosa de él.

—Eso habría que demostrarlo.

—No tenemos que demostrar nada. Ni él ni nosotros podemos acudir a la policía. Nos las tenemos que arreglar por nuestra cuenta.

—Sí, comprendo. Pues no hay más que hablar. Voy a saber si está muerto o no.

—¿Qué va a hacer?

—Ir al cementerio y comprobar si es él quien está en el panteón.

—Estoy seguro de que no será él. Puede que esté en el panteón, y que éste le sirva de refugio. En tal caso estará «conviviendo» con su doble.

Ralph habló con ironía, que Bishop captó.

Seguidamente, tras reflexionar sobre lo dicho por Ralph, preguntó:

—¿Cree que el panteón puede ser su refugio?

—¿Tiene otro lugar mejor?

Bishop se tambaleó, a la vez que se llevaba ambas manos a la

cabeza. Y exclamó:

—¡Claro que tiene otra lugar mejor! ¡La casa de mi hermano! Y mi hermano es el muerto, el que cayó a la puerta de su casa.

Katty y Ralph cambiaron sendas miradas de entendimiento.

Recordaban vagamente al hermano de Bishop, el cual estaba colocado por su hermano, como simple guardián, en una de las propiedades de Nick Stuart.

Entre los dos hermanos existía el parecido físico suficiente como para ser confundidos en una situación como la que se había producido en casa de los Glenwood.

La diferencia más acusada entre ambos hermanos Bishop se refería a su inteligencia. Menos que mediana la de Ken, mientras que Jeremy se salía de lo vulgar.

Jeremy Bishop, tras un largo lapso de silencio, dijo a media voz:

—Mi hermano… Ha sido asesinado. Nick Stuart es ele los que no se detienen ante nada. Pero le pesará haber llegado tan lejos.

Seguidamente se dirigió Bishop a los Glenwood:

—Si lo desean, pueden esperarme aquí. Si lo prefieren, pueden regresar a su casa.

Parece que el viento y la lluvia van cediendo un poco.

Tal como anunciaba Bishop, habían decrecido en intensidad tanto la lluvia como el viento, aunque seguían molestando bastante.

La tormenta se alejaba, asimismo, en lo que a su aparato eléctrico se refería.

Ralph dijo a su hermana:

—¿Quieres quedarte aquí o prefieres regresar a casa? Yo acompañare a Bishop.

—No deseo Quedarme sola. Iré a donde ustedes vayan. Puedo hacer falta…

Bishop miró a Katty como si sintiese lástima de ella.

Y dijo:

—Puede venir, si quiere. Pero no se desmaye, pase lo que pase.

—Puede estar tranquilo.

—Piense que tras nuestra visita al cementerio, haremos otra visita a casa de mi hermano. Y aquello será más peligroso que lo del cementerio.

—¿Cree que nuestro primo Nick estará en casa de su hermano?

—Tengo una sobrina que anda por los veinte años. Es una chica

que gusta a los hombres, y parece que al patrón le gustaba más que a otros. ¿Comprende lo que puede suceder, ahora que mi hermano no estará ya allí?

—¿Y por qué no vamos directamente a casa de su hermano? ¿Para qué perder el tiempo en el cementerio?

—Esa idea es buena, señorita Glenwood. Si el patrón está en casa de mi hermano, sobra la visita al cementerio.

Para ir a éste, siempre habrá tiempo. Engancho el coche en un momento. No es cosa de ir a pie hasta allá.

—Pero lo oirán cuando nos acerquemos.

—No pensara que vamos a parar en la misma puerta. Déjeme hacer…

Bishop dejó a los dos hermanos en la cocina y fue a la cochera, a encauchar en el coche el caballo de tiro.

Seguidamente, antes de partir, dio una escopeta a Katty.

—Confío en que la sabrá emplear.

—Si se pone a tiro, no escapará.

—Yo llevo un arma —se adelantó a decir Ralph.

Bishop mostró sus manos, más recias y grandes que las de Ralph Glenwood. Y dijo:

—También llevo una buena arma. Pero cogeré la escopeta. Nunca se sabe lo que puede suceder.

Y el hombre tomó la misma escopeta con que había tenido encañonados a los dos hermanos.

Una vez en el coche, camino de la casa de Ken Bishop, dijo Jeremy a Katty:

—Con esa escopeta malo el patrón al perro que servía de refugio al alma de Ted Burton. A mí me amenazó con ella. Tendría gracia que sirviese para rematarlo ir él.

Rió con expresión siniestra y que habría hecho dudar del equilibrio de su razón.

* * *

Beth Bishop había quedado sola en la pequeña casa de campo, ubicada en una de las propiedades de Nick Stuart.

Casa en la que habitaba con su padre, ya que su madre había fallecido hacía bastante tiempo.

Beth, rubia y sumamente atractiva, se había dormido tranquilamente. Estaba habituada al ruido del viento y la lluvia, al

trueno y los relámpagos, los cuales no le afectaban a la hora de dormir.

Sin embargo, se despertó cuando percibió un leve pero persistente soplo de aire.

Cuando se despertó, miró hacia la puerta que se hallaba entreabierta, cuando ella la había dejado cerrada.

Le pareció que alguien se movía en el interior de la habitación.

Y preguntó:

—¿Es usted, padre?

Le respondió una voz que parecía llegada de ultratumba:

—Me han asesinado… Soy el alma de Ed…

La rubia Beth, aunque criada en el campo e ignorante, no creía en fantasmas ni en almas en pena.

Y alargó el brazo derecho, tomando en la correspondiente mano la escopeta de dos cañones que, como medida de precaución, dejaba en un rincón, junto a la cabecera de la cama.

—No me gusta esa broma. Ed. Supongo que mi padre ha regresado contigo. ¿Es que lo has hecho beber y se ha embriagado?

—Tu padre ha resbalado y se ha torcido un tobillo. Ha quedado con tu tío Jeremy. Lo mío ha sido peor porque me han asesinado.

Se produjo un leve roce en el suelo.

—Quicio, o disparo. Las almas de los muertos no hacen ruido. En cuanto a esa voz, no es la de Ed…

Pese a su conminación, Beth se dio cuenta de que un ser destacaba del fondo más oscuro de la puerta y avanzaba lentamente hacia ella.

Veía su rostro pálido, el cual presentaba un aspecto fantasmagórico.

Pero no se dejó impresionar por ello y disparó, primero un cartucho, luego otro.

Recibió la impresión de que el extraño ser era sacudido por los dos disparos.

Pero no cayó al suelo y prosiguió su lento e inexorable avance.

CAPÍTULO IX

El supuesto fantasma rió de manera extraña, que llegó a impresionar a la rubia Beth.

Y dijo:

—No se muere dos veces. El plomo no puede va conmigo.

Beth, dominando las desagradables sensaciones que experimentaba, sin soltar la punto menos que inservible escopeta, alargó la mano libre hasta la llave de la luz.

La accionó, pero la luz permaneció apagada.

—Granuja. Has cortado la luz…

A las palabras de ella siguió otra risa leve, pero que resultó hiriente.

Rápidamente, tomó Beth la linterna de pilas que dejaba al alcance de su mano para casos de emergencia.

Y la enfocó contra el supuesto fantasma.

Al reconocerlo, fue tan grande la impresión que estuvo a punto de desmayarse.

Se trataba de Nick Stuart. Un Nick Stuart cuyo rostro ofrecía un aspecto cadavérico y, cuya mirada brillaba con expresión inquietante, en el fondo de sus ahondadas cuencas.

Un Nick Stuart que, según ella sabía, según había podido ver, había muerto y había sido enterrado en el panteón de la familia. Aquélla misma tarde.

Sin embargo, no tardó en producirse en Beth una reacción.

Comenzó por abrir la escopeta. Sacó los dos cartuchos que había disparado y pudo darse cuenta de que eran de fogueo, de los que su padre empicaba para espantar al ganado menor que se metía en los campos que tenía encomendados a su vigilancia.

Ella era quien cargaba la escopeta y no se habría equivocado nunca. Alguien se los había cambiado.

Y ese alguien no podía ser otro que el extraño ser que avanzaba

hacia ella, como gozándose de su confusión.

Edward Sargent, que se hospedaba en la casa desde su regreso de Australia hacia unos días, no se habría atrevido a semejante acción.

Lo cual significaba que aquel individuo que la acorralaba no podía ser otro que Nick Stuart, el cual la había mirado en más de una ocasión con turbia expresión y que hasta se había atrevido a hacerle sucias proposiciones.

Beth se puso de pie en la cama para mejor dominar la situación.

Y dijo, en tono amenazador:

—No de un paso más o le abro la cabeza, Nick Stuart.

—Soy Ed, aunque mi alma haya entrado en el cuerpo errante de Nick, que ha sido expulsado por sus parientes de su sepultura.

Beth Bishop permaneció silenciosa, concentrándose en lo que debía ser su acción contra el intruso.

Si la rubia había llegado a sentirse asustada y desconcertada, había vuelto a ser la mujer que veía las cosas con claridad y que se creía segura de sí.

No sabía cómo Nick Stuart podía estar allí. Pero debía admitir el hecho de que era él, en cuerpo y alma.

El hombre hizo una finta.

Y Beth permaneció inmóvil, si bien dijo en tono hiriente:

—¡Vaya! El fantasma tiene nociones de cómo se lucha entre los mortales.

El supuesto fantasma, tras adelantar otro paso, se lanzó al ataque con decisión, tratando de hacer presa en Beth por los tobillos.

Esquivó ella con leve salto de costado, aunque no le favoreció para ello la blandura del lecho.

Y golpeó a continuación con la culata de la escopeta, la cual había aferrado por el doble cañón.

Por su parte, el atacante, al fallar, hizo también un movimiento de esquiva, a pesar de lo cual la culata le golpeó en un hombro, produciéndole un intenso dolor.

Atacó de nuevo y logró hacer presa.

Beth golpeaba de nuevo en el mismo momento y la culata dio en el rostro del atacante, pero no con la contundencia que había tenido el primer golpe.

A pesar de ello, el rostro del supuesto fantasma comenzó a manar sangre.

Sin embargo, al Hacer presa había tirado de las piernas de Beth, y ésta cayó hacia atrás de manera violenta.

Un manotazo del atacante arrojó la escopeta lejos.

Otro golpe dio de lleno en el rostro de Beth, que sufrió un repentino aturdimiento.

Dominó entonces el atacante a la atractiva rubia, la cual vio cerca de ella los ojos de maligna expresión del intruso.

El intruso, para llevar a cabo su última acción, se vio obligado a soltar una de sus manos.

Y Beth aprovechó que le quedaba una libre para atacar con sus uñas, las cuales dirigió a los ojos del enemigo.

Trató el intruso de cubrir la parte atacada, pero llegó ligeramente tarde, aunque un leve giro de su cabeza evitó que las uñas le hirieran en las pupilas.

A pesar de ello, había recibido mucho daño y aulló de manera espeluznante, aflojando la presión que ejercía sobre su presunta víctima.

Beth aprovechó el momento para debatirse con la fuerza de la desesperación, propinando sendos rodillazos en lugares sensibles a su atacante, que hubo de saltar, dejando libre a la atractiva rubia.

Ésta no se preocupó de cubrirse, sino de tomar la escopeta por los cañones.

Y volvió al ataque, asestando dos duros golpes a su enemigo, el cual se tambaleó, comenzando a manar sangre en abundancia por la nariz y la boca.

Al fin, el intruso, cubriéndose con una de sus manos los ojos, buscó la puerta a tientas.

Y echó a correr, perseguido por Beth, que le asestó dos golpes más, uno en la espalda y otro en uno de los hombros.

Trastabilló el individuo en las dos ocasiones y estuvo a punto de caer. Pero al fin fue capaz de llegar hasta la puerta, la cual abrió, saliendo por ella al exterior, en donde fue azotado por la lluvia y el viento, que, aunque habían amainado, seguían siendo fuertes.

Beth, furiosa, fuera de sí, solamente se detuvo cuando experimentó el choque frío del viento y el agua contra su cuerpo.

Retrocedió entonces, cerró la puerta, la aseguró bien por dentro

y corrió de nuevo a la cama, en la cual se echó, jadeando de cansancio y de ira.

Una vez en la cama, le pareció percibir el ruido que producían dos escopetas al ser disparadas.

—¡Ojalá haya tropezado con mi padre y con Edward y le hayan dado su merecido! Maldito granuja.

Se mantuvo a la expectativa por si ellos, o uno de los dos llamaban.

Porque no podía creer que hubiesen asesinado a Edward Sargent.

Y tampoco que su padre se hubiese quedado con su tío, sabiendo que ella estaba sola en casa.

* * *

Cuando ya el coche que conducía Jeremy Bishop se hallaba cerca del lugar en donde éste lo pensaba dejar, tanto él como los hermanos Glenwood escucharon el ruido de dos disparos, aunque amortiguados por la distancia, el viento y la lluvia.

Bishop obligó al caballo a detenerse casi en seco. Y se dispuso a escuchar.

—¿Han oído?

—Me ha parecido el ruido de dos disparos —se apresuró a responder Katty.

—Eso mismo. Y ha sido en casa de mi hermano… La chica está sola. ¡Es ella quien corre peligro!

Hostigó de nuevo al caballo, el cual avanzó con la ligereza que le permitía el temporal desencadenado.

Jeremy consideró que las precauciones, tras el ruido de los disparos, estaban de sobra.

Y en lugar de detener el carruaje en el punto en que había pensado, lo hizo avanzar hasta cerca de la casa.

A la vista de la misma, lo detuvo, tascó el freno y fue luego el primero en bajar, llevándose su escopeta con él.

—¿Cree que puede ser mi primo Nick? —preguntó Ralph a Bishop.

—¿Cree que puede ser otro que ese maldito criminal? —preguntó Bishop a su vez.

Prosiguió corriendo.

Ralph había saltado ya del carruaje por uno de los lados y

comenzó a dar fa vuelta para ayudar a bajar a su hermana.

Pero ya Katty había bajado por su cuenta, llevando con ella la escopeta, de la cual se había asegurado que estaba cargada.

Vio la atractiva pelirroja que Jeremy Bishop marchaba derecho a la casa y ella emprendió un movimiento en forma de arco para situarse a uno de los lados de la misma.

Ralph, de manera instintiva, actuó en sentido contrario que su hermana, dispuesto a cubrir el otro flanco.

Y los tres, sin embargo, fueron sorprendidos cuando se abrió con violencia la puerta de la casa, y trastabillando, a saltos, salió corriendo un hombre, el cual cayó al suelo, perdido el equilibrio.

Tanto los Glenwood como Bishop estaban a demasiada distancia para que sus armas pudiesen resultar eficaces.

Y llegaron a una nueva sorpresa, cuando vieron aparecer desnuda en la puerta de la casa, con la escopeta descargada en la mano, a Beth Bishop.

El fugitivo, tras su caída, se había levantado y echaba a correr de nuevo.

Y Beth Bishop cerró la puerta de golpe, atrancándola.

A Katty Glenwood le pareció reconocer en el fugitivo a Nick Stuart, un Nick cuyo aspecto no resultaba airoso.

Y experimentó la satisfacción de ver que corría precisamente en dirección al lugar en donde ella se hallaba.

La pelirroja se tendió en el suelo al abrigo de una roca y aguardó.

Apuntó cuidadosamente a la altura del pecho.

Y cuando calculó que el fugitivo estaba ya a tiro de su escopeta, disparó.

No tuvo en cuenta que el viento y la lluvia debían hacer perder efectividad a su disparo.

Sin embargo, le acertó, pues el fugitivo acusó el impacto del plomo, el cual le hizo tambalear.

Una serie de relámpagos iluminó la escena, relámpagos a la luz de los cuales pudo ver Katty el gesto de dolor y de sorpresa de Nick Stuart, cuyo aspecto no podía resultar más deplorable.

Volvió a tirar Katty cuando vio que el fugitivo giraba mientras intentaba conservar el equilibrio con instintivos movimientos de brazos.

Se volvió a estremecer el hombre, el cual inició de nuevo la huida, pero en sentido contrario.

Aquello lo quitaba del alcance de la escopeta que Katty volvía a recargar.

Pero lo hacía entrar dentro del radio de acción de la que Bishop se disponía a emplear.

Se movió Bishop para apuntar y fue descubierto por el fugitivo, a la luz de una nueva serie de relámpagos.

Corrigió el hombre la dirección de su huida, a pesar de lo cual fue alcanzado también por el primer disparo que Jeremy le hizo.

Cayó al suelo a consecuencia del mismo y del forzado giro que había tenido que realizar, y aquello le salvó del segundo disparo, cuando Bishop había afinado puntería.

El fugitivo, cuando aún percibía el eco, se alzó y corrió a saltos, constituido en una pieza duramente acosada.

Huyó el hombre en dirección al lugar en donde Ralph Glenwood se había situado escondido contra el suelo, dispuesto a sorprenderle.

Katty, tan pronto terminó de recargar su escopeta, se puso en pie y corrió en persecución del que huía.

En cuanto a Bishop, tranquilo ya por la suerte que hubiese podido correr su sobrina, recargó su escopeta calmosamente.

Estaba seguro de que, tocado como estaba, el fugitivo no podría ir muy lejos.

Ralph, que también había creído reconocer a Nick Stuart en el fugitivo, experimentó salvaje alegría cuando vio que se dirigía hacia el lugar en donde se hallaba.

Nick no llevaba a la vista ningún arma.

Y Ralph contempló, una vez más, sus manos considerando que eran más que suficientes para terminar con el indeseable.

Un crimen que no tendría castigo, porque Nick Stuart estaba ya muerto.

Saltó Ralph cuando vio que Nick estaba muy cerca y calculó que no se le podría escapar.

Nick, cuyo rostro aparecía sangrante y desencajado, intuyó el ataque y se libró instintivamente de él, saltando de costado.

Pero cayó mal, y al caer se fue de bruces contra el fango que se había formado con la lluvia.

Giró, para colocarse boca arriba, a la vez que, a la desesperada,

desenfundaba el cuchillo que llevaba en una vaina sobaquera.

CAPÍTULO X

Tras su fallo, Ralph se levantó rápidamente y volvió a lanzarse contra su odiado primo.

Echó Glenwood sus manos por delante, dispuesto a hacer, presa en el cuello de Nick para estrangularlo.

Vio Ralph un poco tarde el destellar del cuchillo que Nick esgrimía y con rápido movimiento intentó desviarlo, consiguiéndolo en parte.

Pero no pudo corregir su salto y no lardó en sentir que el acero se adentraba en sus carnes, entre dos costillas.

Gritó desesperadamente a causa del dolor. Y también para llamar la atención de Katty y de Bishop.

Luego rodó de lado, tratando de evitar un nuevo golpe de su contrario.

Pero Nick había perdido el cuchillo al asestar el golpe, y al darse cuenta de que tanto Bishop como Katty se acercaban, se puso en pie y reanudó su desesperada huida.

Oyó varios disparos a sus espaldas.

Y volvió a sentir el choque del plomo en su cuerpo.

Cayó varias veces y se levantó con tanta rapidez como había caído.

Al fin, cesaron los disparos. Y se dejó caer junto al caballo que le había llevado hasta el lugar.

En aquel momento carecía de fuerzas para montar.

Volvió a mirar hacia el lugar donde había quedado Ralph. No logró ver nada, debido a la densa oscuridad, a la distancia y a que la sangre le nublaba la vista.

Se limpió como pudo. Y se mantuvo inmóvil, respirando con entrecortados jadeos.

Al fin se sintió con fuerzas suficientes y montó. El caballo echó a andar sin necesidad de que le hostigara.

* * *

Katty y Bishop llegaron hasta donde había caído Ralph.

Habían descargado sus escopetas y sabían que habían vuelto a alcanzar al fugitivo. Pero éste se había perdido ya de su vista.

—Quédese con él. Yo le perseguiré —dijo Bishop a Katty, disponiéndose a cargar de nuevo la escopeta.

—Mi hermano está muy mal. Nos necesita…

—Pero él…

—No podrá ir lejos. Si abandonamos ahora a Ralph se desangrará. Yo sola no podré llevarle a la casa.

—Tiene razón. Y Beth debe estar sola y asustada.

Entre los dos tomaron el inanimado cuerpo de Ralph, no sin que antes Katty taponara la herida con un pañuelo.

Poco después, Jeremy Bishop llamaba a la puerta de la casa de su hermano.

Y se anunciaba, gritando fuertemente.

—¡Abre, Beth! ¡Soy tu tío Jeremy!

Beth, que había estado atenta a lo que sucedía fuera, y que se había vestido, no tardó en abrir.

Cuando se dio cuenta de que el herido no era Nick Stuart, sino que se trataba de Ralph Glenwood, gritó, irritada:

—Pero ¿es que no han sido capaces de dar caza a esa bestia inmunda?

—Tranquila. No escapará. Va bien tocado —dijo Jeremy Bishop.

Mientras hablaban, entraron a Ralph a la habitación de Ken Bishop, en cuya cama lo acostaron.

—¿Y mi padre? ¿No estaba contigo? —preguntó Beth a su tío.

—No hay buenas noticias, Beth. Temo que ese indeseable lo haya matado.

—Pero no iba solo. Iba Edward Sargent con él.

Katty suplicó:

—Por favor… Mi hermano está muy mal.

Beth dio a Katty el escaso material sanitario de que disponía, y dijo:

—No entiendo de curas. Si estuviese mi padre, sería diferente. Yo ahora me largo con mi tío, a dar caza a ese indeseable.

Comprendió Katty que no lograría retener a Beth, que rebosaba odio, afán de venganza contra Nick Stuart.

Y dijo:

—Sí, den caza a esa maldita bestia. Y por favor, traigan luego un médico lo antes posible.

—No se preocupe. Lo traeré yo mismo —prometió Bishop.

Y mientras Katty se disponía a curar a su hermano, Beth Bishop y su tío volvieron al coche, no sin que antes Beth tomase su escopeta y cartuchos suficientes para ella.

Una vez en el coche, dijo Bishop a Beth:

—Con este viento y este aguacero es inútil que busquemos huellas. ¿Lo habéis tenido escondido aquí?

—No. Al menos, que yo sepa.

—Tiene que haber estado escondido en alguna parte.

—¿Quiere que miremos en el henil?

—Vamos allá.

Acercaron el carruaje hasta el lugar señalado por Beth. Y fue ella la que encontró huellas visibles de la estancia de Nick en tal lugar.

—¿Conocía tu padre que él estaba ahí?

—No lo puedo saber. Padre era muy callado para esas cosas. Particularmente, si él le ordenó callar… Era el dueño, ¿no?

Bishop respondió, con sombría expresión:

—Desgraciadamente, sí. ¿Qué me dices de Edward Sargent?

—Se hospedaba en casa hace ya algunos días.

—¿Así, por las buenas?

—¿Y qué me dices a mi? Llegó una noche con mi padre. No me extrañada que Nick Stuart le hubiese ordenado a mi padre que lo tuviésemos aquí.

—¿Tienes idea de los motivos de su regreso?

—Parece que las cosas no le fueron bien por Australia. Y lo buscaban por algo feo.

—Estamos rodeados de gente podrida —lamentó Jeremy Bishop.

Beth, que conocía bien a su tío, sus ambiciones y su tortuosa forma de actuar, habría reído de no encontrarse en la situación en que se hallaba.

Sobrina y tío habían vuelto al carruaje, en el cual reemprendieron la marcha.

—¿En dónde crees que puede estar? —preguntó Beth.

—En casa. Es el mejor refugio que puede encontrar. Sabe que allí es donde no lo buscaremos.

—Adelante, pues.

—¿Es posible que tu padre y Edward hayan ido esta noche con el patrón?

—Es posible. Andaban muy misteriosos.

—¡Pues si que la hicieron buena! Él los ha manejado para sus fines, y cuando le ha parecido bien, los ha suprimido. Primero a tu padre. Luego a Edward…

—Si lo atrapo, lo estrangulo. ¿Y en dónde está mi padre?

—Ha ido a parar al mar. Lo mismo que Edward. Ellos lo saben.

—¿Quiénes son ellos?

—Los Glenwood.

—También andan en el sucio juego, ¿verdad?

—También —admitió Jeremy Bishop, de mala gana.

Tanto la lluvia como el viento habían amainado, por lo que la marcha se había hecho bastante más fácil.

Entre unos desgarrones de nubes se dejó ver la luna, hecho que señaló Beth.

—Hay que aprovechar porque volverá a llover a raudales —dijo la chica.

Bishop asintió con un afirmativo movimiento de cabeza. Y se mantuvo silencioso.

Hizo que el coche se detuviese antes de llegar al caserón en donde habitaba. Lo dejó en un lugar donde no fuese fácil descubrirlo, particularmente en lo que a la casa se refería.

Inmediatamente después, tío y sobrina se dirigieron a la casa.

Y en ella encontraron huellas claras, precisas, de que Nick Stuart había estado allí, después de huir. Pero se había ido, aunque no debía hacer mucho tiempo.

—El tiempo que hemos perdido en tu casa por culpa de Glenwood, nos ha fastidiado —dijo Bishop.

Beth, impaciente, dijo:

—No perdamos tiempo ahora. No puede estar lejos.

—Cierto, no puede estar muy lejos, aunque va a caballo.

—¿Adónde crees que habrá ido?

Mientras se dirigían de nuevo al coche y después de reflexionar, dijo Bishop:

—Al cementerio. No tiene otro lugar mejor dónde esconderse.

—¿En el cementerio?

—En el panteón de la familia. Allí tiene sitio, no demasiado, pero tiene sitio para una eventualidad como ésta. Puede que haya venido en busca de la llave.

Una vez en el carruaje y camino del cementerio, se mantuvieron silenciosos, como si pesara en ellos el paso que iban a dar.

Tal como Beth había anunciado, arreciaban de nuevo el viento y la lluvia, a los cuales acompañaba todo un brillante y atronador aparato de descargas eléctricas.

Pero el afán de venganza por parte de Beth, la necesidad de aniquilar a Stuart por parte de Bishop, hacía que ambos se sobrepusieran y siguieran adelante en sus siniestros propósitos.

Antes de llegar ante la puerta de la casa de los muertos, sacó Bishop el carruaje del camino, llegando con él hasta uno de los laterales para situarse junto a la tapia.

—Si nos espera por la puerta, debemos chasquearle.

—¿Piensas que nos espera?

—Debe figurarse que le perseguimos.

Bishop, que había tascado el freno del carruaje, dijo a su sobrina.

—¿Serás capaz de saltar la tapia?

—Espero que sí… Toma la escopeta y alcánzamela cuando te la pida.

La rubia, que vestía pantalones, trepó hasta la tapia con cierta facilidad y tomó luego la escopeta, que pasó a la otra parte, haciendo lo propio después con la de su tío.

A continuación subió éste hasta la tapia y ayudó a su sobrina a que se descolgase al interior.

Seguidamente saltó él.

Había arreciado la lluvia de tal manera que ambos consideraron punto menos que imposible que Nick les hubiese podido ver a través de las cortinas de agua que se formaban y que parecían danzar fantasmagóricamente a impulsos de las rachas de viento y bajo el casi constante centellear de los relámpagos.

Prosiguieron adelante sobrina y tío, marchando delante este último.

Tropezó el hombre en alguna ocasión, y habría caído de no haber tenido a donde aferrarse.

La chica le seguía de cerca, cuidando de que Nick no se les

filtrase por detrás y les sorprendiese atacándoles.

El viento, la lluvia y las chispas eléctricas habían hecho auténticos estragos en el cementerio.

Se veían cruces caídas, lápidas rotas, huesos humanos que habían quedado al descubierto.

Jeremy Bishop se detuvo junto a una tumba e hizo señas a Beth para que le imitase.

Tenían a la vista el panteón de la familia Stuart.

Y a la luz de los relámpagos, sobrina y tío pudieron ver que había sido abierto, que estaba abierto.

La expresión del rostro de Bishop era siniestra cuando dijo:

—Ahí lo tenemos. Le llegó su fin…

CAPÍTULO XI

Jeremy Bishop no había visto mal. La entrada del panteón había sido franqueada.

Y el hombre se puso a cubierto de la molesta lluvia, una vez rebasada tal entrada.

El sitio estaba seco por su situación. Y las huellas de Nick Stuart estaban claras.

—Ha entrado, ha buscado refugio aquí.

No descubrió luz alguna. Debía guiarse aprovechando los momentos en que los centelleantes relámpagos iluminaban el lugar.

Y se adentró dos pasos.

Le pareció escuchar un gemido humano. O tal vez era el ulular del viento al filtrarse por alguna de las rendijas.

Bishop consideró que Nick Stuart debía estar poco menos que acabado a causa de las heridas sufridas y del cansancio.

Sus huellas eran borrosas, imprecisas, pero recientes, muy recientes, tanto como las que él mismo había comenzado a dejar en el piso pulido y seco.

—A pesar de ello, no me debo confiar. Una fiera acorralada es siempre peligrosa, hasta que exhala el último aliento.

En aquel momento crucial, Jeremy Bishop comenzaba a sentir miedo.

Adelantó, no obstante, deseoso de terminar. Había vuelto a escuchar lo que podía ser un gemido humano o simplemente el ulular del viento.

Oyó de pronto un leve crujido sobre su cabeza y sintió caer sobre él menudos fragmentos, desprendidos de arriba.

Inició un movimiento de retroceso cuando al alzar la cabeza, y a la luz de los relámpagos, vio que se desprendía una pesada losa.

Gritó desesperadamente, pero no pudo evitarla.

La losa de mármol, destinada a cerrar la entrada al interior del

panteón, le cayó sobre los hombros y lo derribó con violencia, aplastándole.

Volvió a gritar mientras caía. Lo hizo de forma escalofriante, estremecedora, como presintiendo que aquello era su muerte.

La parte alta del cuerpo quedó aprisionada, tras haber sido reventada; y comenzó a manar sangre en abundancia.

Era el final, su final.

* * *

Beth, que había quedado oculta tras una tumba, vigilando la entrada del panteón para poder acudir en ayuda de su tío, si éste lo necesitaba, experimentó profunda angustia al escuchar los dos gritos de Jeremy Bishop.

Pero le angustió más aún el silencio que siguió al último grito, silencio que sólo quedaba roto por el ruido del viento y la lluvia y el retumbar de los truenos.

—Lo ha matado —se dijo la atractiva rubia.

Quedaba sola, en un lugar siniestro como aquél. Peor que sola. Estaba con un enemigo cuya situación ignoraba, un enemigo cada vez más peligroso porque debía sentirse disminuido y acorralado.

—Esa maldita bestia…

Al primer momento de estupor y angustia siguió un sentimiento de ira que iba en aumento a medida que pasaban los segundos.

Beth, fija la mirada en la entrada al panteón de los Stuart, por cuya puerta había desaparecido su tío Jeremy, se puso en pie y comenzó a andar, no sin antes montar la escopeta, dispuesta para hacer fuego al menor síntoma de peligro.

Si su tío había muerto dentro del panteón, Nick Stuart debía estar en él.

A pesar de ello, Beth avanzaba cuidando de atender a cualquier ruido que se produjese en tomo a su persona, fuera del que hacían los elementos desencadenados.

Apenas hubo entrado Beth en el panteón, descubrió la cabeza de su tío. Era lo único que había quedado visible a aquel lado de la losa que le había aprisionado y matado. Y que a la vez había incomunicado el interior con el exterior del panteón.

El primer impulso de Beth fue soltar la escopeta para correr en auxilio de su tío, la expresión de cuyo atormentado rostro le resultó visible, gracias a los incesantes relámpagos que en largas series se

producían…

Intuyó inmediatamente la joven que no podía hacer nada eficaz. A pesar de ello se acercó, tratando de mover la gruesa losa de mármol.

No pudo conseguirlo. Y le sirvió de alivio pensar que Nick Stuart había quedado a la otra parte.

Fue entonces cuando se volvió, pensando en cerrar la primera puerta, la que su tío había encontrado abierta.

—Espero que tarden en acercarse por aquí. Y que Nick, si está vivo, muera lentamente de hambre y de sed.

Salió Beth y entornó la puerta. Carecía de llave para cerrarla. Pero pensó en sujetarla con unas piedras para que el viento no la abriese.

A oídos de la joven llegaba el silbar del viento al penetrar por las rendijas, semejando el lamento de un moribundo.

—Me alegraría que fuese él. Sí, que sintiese que la muerte le llegaba poco a poco, lentamente. Maldita bestia…

Se sobresaltó. Frente a ella, de improviso, había aparecido Nick Stuart, pálido y desfigurado el rostro, brillante la mirada en donde había ironía y maldad.

Nick había pillado a Beth un tanto descuidada. Y apenas ella inició un movimiento pata situar la escopeta en posición de disparo, el hombre lanzó contra la mano armada una piedra que llevaba preparada.

Beth contuvo un grito de dolor, pero se vio obligada a dejar escapar el arma.

A pesar de ello, atacó antes de que Nick pudiese tomar la iniciativa, golpeándole en el rostro con un duro revés que hizo tambalear al hombre. Y seguidamente lo empujo, derribándolo de manera violenta.

Desarmada como había quedado, sólo pensaba en huir, en librarse de él en aquel momento. Fue algo instintivo.

Sin embargo, cuando lo había rebasado ya, sintió que él la trababa por uno de sus pies y tiraba de ella, arrojándola al suelo.

Se revolvió Beth fieramente, pensando en sus uñas, las cuales dirigió contra el rostro de Nick: pero en aquella ocasión el hombre estaba prevenido y se cubrió con una mano, mientras con la otra lograba dominar instantáneamente a la mujer.

—En esta ocasión no escaparás, no tienes escape…

Los dos seres se trabaron en dura lucha en la que tan pronto dominaba uno como otro.

Mientras luchaban, se oyó repetidamente el aullar infrahumano de Margaret Burton, inconfundible para ambos.

Beth sintió que Nick lograba desgarrarle la ropa.

Ella, por su parte, consiguió morderle una oreja, arrancándole parte de ella, la cual arrojó luego con asco.

Gritó Nick, el cual pudo alcanzar una piedra con la que se dispuso a terminar la lucha.

Beth le oyó decir:

—Mucho te deseo, pero…

Un doble golpe de Beth con las rodillas afectó a Nick en región sumamente sensible, arrojándolo de encima de sí. El hombre se revolcó aullando de dolor.

Y la chica se puso rápidamente en pie, marchando hacia el lugar en donde había caído la escopeta.

El aullido de Margaret Burton se oyó tan cerca que hizo respingar a Beth.

Por su parte, Nick había logrado ponerse en pie y se disponía a atacar a la joven cuando entre ambos se interpuso la fantasmagórica figura de Margaret Burton.

Vestida de blanco, como envuelta en un sudario, pegadas las ropas al cuerpo a causa del agua, la hermosa mujer esgrimía un cuchillo con el que atacó a Nick Stuart, a la vez que le acusaba, con voz bronca:

—Tú asesinaste a mi Ted. Tú lo asesinaste…

Nick, al tratar de esquivar el golpe, cayó al suelo.

Aquello hizo fallar a la viuda, que cayó también cerca de Nick.

Hizo un esfuerzo por alcanzarlo, pero volvió a fallar gracias a la movilidad de Stuart, que giró sobre sí mismo. Y luego el hombre se puso en pie y echó a correr.

Beth, que se había apoderado de la escopeta, le dio al gatillo, pero no se produjo el disparo. Los cartuchos habían quedado totalmente inutilizados por el agua en que había estado prácticamente nadando la escopeta.

Vio la joven Bishop cómo Margaret Burton se ponía en pie de nuevo y salía corriendo tras Nick, el cual tan pronto corría como

saltaba entre las tumbas, buscando la salida del cementerio.

En dos o tres ocasiones cayó Nick, para levantarse de nuevo. Y otro tanto sucedió con la viuda, que perseguía al hombre en silencio, atenta a la idea de matar.

Beth, al quedar sola en el cementerio, hubo de pensar en sí misma. No podía hacer nada por su tío.

Y decidió regresar a casa.

Se acordó entonces de los hermanos Glenwood, que habían quedado en ella.

Pensó en el médico, en ir a buscar uno. Pero sentía frío, estaba casi desnuda de cintura para arriba.

—Regresaré a casa. Si necesita aún al médico, ya iré en su busca…

Cuando logró salir al exterior del cementerio oyó el mido que producía el caballo que montaba Nick Stuart. El animal marchaba a trote vivo.

Escuchó Beth también el aullido de Margaret Burton, que se alejaba tras su fracaso.

Y se dirigió al coche que la había traído con su tío y que se hallaba en la parte exterior del cementerio, en uno de los laterales.

Comenzaban a amainar, tanto la lluvia como el viento. Truenos y relámpagos se alejaban asimismo.

Experimentó frío; pero no tenía nada con que cubrirse.

Y aceleró el regreso a casa. Necesitaba un baño caliente. Y descansar. Al siguiente día se ocuparía de su padre. Y de su tío, que había quedado apresado por una losa en la entrada del panteón de los Stuart.

CAPÍTULO XII

Nick Stuart, desde su escondite en el depósito de cadáveres del cementerio, había visto llevar los cuerpos de sus víctimas, de las últimas.

Primero habían sido Ken Bishop y Edward Sargent, que habían sido sacados del mar cuando éste los devolvía hacia la orilla y los hacía golpear contra las rocas del acantilado.

Después había sido llevado el destrozado cuerpo de Jeremy Bishop, el hombre que había querido deshacerse de él para que no descubriese que le robaba.

Más tarde vio llegar Nick a Beth Bishop. La acompañaban un policía, el juez y un empleado del juzgado. La rubia identificó los cadáveres de las tres víctimas.

Beth, vestida de negro, con su aire abatido, de perdedora, le había parecido a Nick más deseable que nunca.

Había quedado sola, y Nick decidió mentalmente que cuando pasasen unos días, intentaría sorprenderla para hacerle compañía. Se regodeó, pensando en ello.

Poco después hubo sorpresa para Nick. Fue cuando llevaron el cadáver de un primo lejano suyo. Precisamente el que había hecho pasar por él a raíz de su fingida muerte.

Se trataba de Willy Stuart, vago por vocación y que había vivido siempre a su costa, como un parásito que era.

Nick ignoraba que Willy dormía en su coche, cuando había salido camino de la trampa que le habían tendido entre Bishop y los Glenwood. Y cuando salió volando con el automóvil hacia los acantilados, Willy fue despedido del vehículo, lo mismo que él. Pero con peor suerte: Willy había muerto.

Fue lo que decidió a Nick ponerlo en su lugar y hacerse pasar él por muerto para sorprender a los Glenwood y vengarse de ellos.

La presencia de Willy en el depósito significaba que había sido

exhumado su cadáver; por tanto, se conocía el engaño.

Quería decir aquello que Beth Bishop había hablado de él, de que vivía. Los Glenwood, involucrados en el sucio asunto, no se hubiesen atrevido a denunciarlo.

Iba más que mediada la tarde cuando un empleado del cementerio entró en el depósito un nuevo cadáver: el de Ralph Glenwood. Para él habría significado una sorpresa que no fuese a terminar allí.

Pensó Nick que era aquélla una hermosa colección. De todos los que habían caído a consecuencia de su acción, únicamente lamentaba el final de Arthur Grey, precisamente el único que no había matado él.

Tampoco había matado a su primo Willy; pero se alegraba de haberse librado de tal parásito.

Pensó Nick también que las cosas habían ido tan lejos que la vida, en Tintagel y sus alrededores, se le había puesto mal. Tendría que irse lejos, a Canadá o Australia, dejando de momento sus propiedades, llevándose únicamente el efectivo de que disponía en los Bancos de Londres.

Si le daban tiempo para sacar tal dinero.

La posibilidad de quedarse sin dinero, convertido en un perseguido, y en un parásito como había sido su primo Willy, le hizo sudar.

Y odió como nunca a Ralph Glenwood que, con su sucia ambición, había propiciado todo lo sucedido.

En aquel momento habría abandonado Nick su escondite para escupir en el rostro de Ralph. Pero hubo de contenerse por temor a ser descubierto. El personal del cementerio andaba trabajando aún por allí.

Debía aguardar. Se sentía débil y decidió descansar. Saldría por la noche. Iría a su casa en busca de víveres. Y se durmió pensando en ello.

* * *

Cuando horas más tarde despertó Nick Stuart, había comenzado a llover y a soplar el fuerte viento, como en las noches precedentes.

La mirada de Stuart se fijó en las dos bombillas que pendían del techo, por un hilo eléctrico. Apenas si daban luz, y se movían a causa del viento que se filtraba por las hendiduras que ofrecían las

altas ventanas.

Aquello daba a los cadáveres un aspecto más fantasmagórico aún que si las luces hubiesen estado quietas.

Nick, que no se dejaba asustar fácilmente, se sintió impresionado. Luego señaló un encogimiento de hombros y dijo:

—¿Para qué diablos necesitarán los muertos esas luces?

En la lejanía, se produjo el aullido de un perro. De un auténtico perro, según pensó Nick, y correspondió a poco otro aullido que resultó inconfundible y que puso una nota de pavor en el ánimo de Nick.

—Ya va por ahí esa maldita loca. Si me la encuentro esta noche, no me hará correr como ayer. De eso puede estar segura.

Salió de su escondite y avanzó lentamente hacia donde se hallaba el cuerpo de su primo Ralph.

Nick, a pesar de haber restañado las heridas recibidas, a pesar de haber descansado en las últimas horas, ofrecía un aspecto deplorable, fantasmal, tanto o más que cualquiera de los cuerpos que yacían en el depósito.

Experimentó la atracción de acercarse a Ralph. Le movía de nuevo el deseo de llevar su venganza hasta más allá de la muerte.

Ralph le había querido matar para heredarle. Y él le había sobrevivido.

Se situó frente a su primo, cuyo ataúd estaba descubierto.

Le hizo un gesto de burla, y Ralph, bajo el juego de luces de las dos mortecinas bombillas, pareció corresponderle.

—¡Vaya! Aún te quedan ganas de burlarte de mí.

Se reprodujo el aullar del perro. Y Nick llegó a experimentar miedo e ira.

En un arranque escupió al rostro de su primo.

—¡Estás bien ahí, perro!

Entonces sucedió lo que Nick jamás habría podido imaginar.

En el rostro de Ralph se había señalado una mueca de burla. Una mueca auténtica, no debido al juego del vaivén de las luces.

Y el hombre se sentó en su ataúd. En su mano derecha llevaba una pistola, con la cual le encañonó, a la vez que decía:

—Serás tú quien esté aquí, perro. Y como ya estás muerto, nadie va a pagar nada por tu muerte.

—¡Vaya! Eso sí que es una sorpresa…

—¿Pensabas que solamente tú eras capaz de llevar a cabo trucos como éste? Ahora sí que no tienes escape, Nick. Y mi hermana y yo te heredaremos. Tengo el testamento en que nos excluías…

—Perderás el tiempo. Hay un testamento depositado. Eso es solamente una copia.

—El testamento que estaba depositado, también lo poseo. Hice mis gestiones y precisamente llegó hoy… ¿Sorprendido? —preguntó Ralph, burlonamente.

—La verdad es que de ti y de Katty no me sorprende ya nada. La atractiva y dulce Katty —intentó burlarse Nick—. Por ella me alegro, porque se lo ganó. Me hizo feliz, de verdad…

Vio el gesto de odio de Ralph, intuyó que iba a disparar y saltó de costado, tratando de evitar el impacto.

La bala le alcanzó aún en un hombro y le hizo girar en el aire, derribándolo con violencia al suelo.

No se estuvo quieto sino que giró, tratando de evitar un segundo disparo. Y aprovechó, a su vez, para empuñar el revólver que llevaba con él.

Se cruzaron los disparos. Y sintió el placer de ver que alcanzaba a Ralph de lleno en el rostro, haciéndolo caer hacia atrás en el ataúd en que se hallaba.

La bala de Ralph le había tocado, terminando de arrancarle la oreja que ya Beth le había mutilado.

Se puso en pie de un salto y se acercó de nuevo al ataúd en donde estaba Ralph, para asegurarse de que había muerto.

—Muerto y bien muerto —dijo con ira.

Sentía que la sangre, tibia, le resbalaba por el cuello, entrando entre la piel y la ropa, empapando ésta.

Tomó un pañuelo y lo aplicó a la herida, tratando de cortar la hemorragia.

Se sentía asustado e irritado. Iba a tener que acudir a un médico y eso podía significar su detención.

Pensó luego en Beth.

—Acudiré a ella, la cubriré de oro y ella se ocupará de mí. Me esconderá…

Sus propias palabras, dichas a media voz, le sonaron a falso.

Y prosiguió hablando:

—No, ella no se vende y me odia. Me matará… Sí, me matará…

Será mejor que acuda a la propia Katty.

Le daré la mitad de mi fortuna. Ella me ha tenido, me desea, aunque me odie… Ella sí se venderá…

Las palabras le salían a borbotones, sonándole extrañas a él mismo.

Volvió a escuchar el aullar del perro. Y después, el de Margaret Burton.

—Katty, ella es mi solución…

Había arreciado el aguacero y la fuerza del viento. Destellaron los relámpagos y se produjo cerca, muy cerca, el terrible fragor del trueno. La chispa no podía haber caído lejos.

Al ruido del trueno siguió un fuerte crujido y la puerta del depósito fue abierta desde afuera con violencia.

En el vano de la puerta, ante Nick, apareció Katty Glenwood, como si hubiese acudido a su invocación como por arte de magia.

Pero no parecía una Katty dispuesta a prestarle ayuda, a aceptar su soborno.

Katty Glenwood, que le miraba fijamente, llevaba en la manó diestra una escopeta de dos cañones.

Nick había guardado la pistola para sacar el pañuelo y colocarlo sobre la oreja mutilada.

Intuyó que en aquel momento se iba a derrumbar todo ante él, sin posibilidad de rectificación.

Pero debía intentar salvarse, como fuese.

Adelantó la mano libre, con la palma abierta hacia Katty, para que viese que no cabía truco alguno.

—Tendrás lo que querías. La mitad de mi fortuna…

—Sucio asesino.

—No he sido yo quien empezó, pero estoy dispuesto a olvidarlo todo. La mitad de lo mío… Tres cuartas partes y, además, desapareceré…

—Claro que desaparecerás. Del mundo de los vivos. Pero esta vez va a ser de verdad. Es falso que tengas siete vidas.

—Por favor, Katty… Yo te quiero.

Fue más de lo que la sugestiva pelirroja pudo aguantar. Había levantado la escopeta e hizo fuego, intentó Nick saltar de costado para esquivar el disparo, como había hecho con anterioridad.

Pero en aquella ocasión la bala le dio en el cuello, casi en el

centro de la garganta.

Salió hacia atrás trastabillando, agitando los brazos como si quisiera asirse a la vida que se le iba por momentos.

Siguió un segundo disparo cuyo plomo dio a Nick en el rostro, sacudiéndolo brutalmente y lanzándolo contra la mesa en donde se hallaba el ataúd con el cadáver de Ralph Glenwood.

Seguidamente cayó al suelo de manera aparatosa, quedando al pie de la mesa en posición decúbito supino, reflejando en sus abiertos ojos todo el horror que había experimentado.

Se oyó en el exterior el aullar del perro.

Siguió otro aullido en respuesta. Era el de Margaret Burton, la mujer que había asesinado a su marido.

Katty se pasó una mano por la frente.

Dejó caer luego la escopeta y, finalmente, acercándose al cadáver de su primo, aulló como habría podido hacerlo un lobo, como lo hacía Margaret Burton.

Arreciaban el agua y el viento. Truenos y relámpagos se producían en rápida sucesión.

De vez en cuando, la caída de una chispa producía un fuerte estampido y el aire parecía cargarse de electricidad, quedando prácticamente irrespirable.

Katty Glenwood, ajena a todo aquel aparato eléctrico, al agua y al viento, salió del depósito y caminó cementerio adelante entre las tumbas, dirigiéndose hacia la salida del mismo.

De vez en cuando, aullaba haciendo eco al perro o a Margaret Burton.

* * *

Nick Stuart fue juzgado por sus crímenes aun después de muerto. El único testigo acusador fue la rubia Beth Bishop.

Hila recibió una indemnización por la muerte de su padre, indemnización que se le pagó de la fortuna del muerto.

FIN